

CRISTIANDAD



43 RAZON DE ESTE NUMERO

a saciar la «sed de cielo» que se incubaba en todos los pueblos, y para ser su rey natural. La expectación de las gentes por un Salvador la encontramos en todas las latitudes. Pero circunscribiéndonos a nuestro mundo próximo, la inquietud y la angustia de las almas en el seno del paganismo romano nos dan una idea de la trascendencia del acontecimiento.

La Encarnación de Jesucristo en las entrañas de la Virgen María constituye el suceso más trascendental de la Historia. Más aún, el advenimiento del Mesías es el centro alrededor del cual gira todo el acontecer del género humano. Jesucristo es el centro de la Historia. Implícitamente lo acepta todo aquel que cuenta sus días partiendo en sus cálculos de este acontecimiento decisivo. Pero también explícitamente se suele reconocer a Jesucristo y a su divina doctrina este privilegio.

Imposible resultaría traer a nuestras columnas tantos y tantos escritos en que se defiende esta verdad. Escogemos, por su interés, algunos de ellos y los ofrecemos en el presente número a nuestros lectores. Otros, por la escasez de espacio material, los dejamos para el próximo.

El **Editorial** trata, con el título: **La «vocación» de CRISTIANDAD**, del plan general de nuestra Revista y del plan concreto para este año.

Al empezar el año **Fraxinus Excelsior** en un artículo titulado: **En calendas cristianas** (págs. 2 y 3), habla del calendario cristiano, de sus vicisitudes y de su aceptación universal.

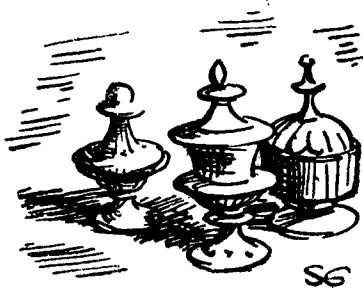
La significación que la venida de Jesucristo tiene para la Historia de la Humanidad queda declarada y manifiesta en los mismos textos que de la Sagrada Escritura ofrecemos con el título general **Jesucristo, Rey universal** (págs. 11 y 12).

Por lo que se refiere a los innumerables pasajes que sobre este punto se han escrito en todas las épocas, nos parecen interesantes algunos de Augusto Nicolás y otros de Gregorio Marañón, que titulamos respectivamente: **Jesucristo, centro de la Historia** (págs. 7 a 10) y **La época de Tiberio** (págs. 13 y 14). Con ellos incluimos un fragmento titulado: **Jesucristo, principio para el hombre de progreso ilimitado** (pág. 14), escogido entre los escritos del P. Enrique Ramière.

Completa el número el resto de la disertación del canónigo Dr. Llovera: **Raimundo Martí, un teólogo español del siglo XIII** (págs. 4 a 7), cuya publicación habíamos iniciado en nuestro número anterior.

En la Sección **A la luz del Vaticano** damos el texto del **Discurso de Su Santidad el Papa Pío XII al Sagrado Colegio Cardenalicio** (págs. 15 a 18). Y en la misma Sección el **Comentario internacional: Un balance sombrío** (págs. 19 y 20), por José-Oriol Cuffi Canadell.

Las ilustraciones de este número son debidas a la pluma de Ignacio M.^a Serra Goday.



"El Siglo de las Misiones"

REVISTA
MENSUAL
ILUSTRADA

Benedicida por SS. SS. Benedicto XV, Pío XI y Pío XII

Apartado 211

BILBAO

CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

SUSCRIPCIÓN:

Anual 48'00 ptas.

Semestral . . 24'00 "

Número ordinario: 2'50 ptas.

"Cultura Bíblica"

REVISTA MENSUAL
ILUSTRADA
DE DIVULGACIÓN

A CARGO DE LA SECCIÓN DE PROPAGANDA

DE

A F E B E

Apartado 84

SEGOVIA

EN P R E N S A

LA VUELTA A LOS ALTARES

por Luis Creus Vidal

Tenga presente este título



No olvide esta publicación

CRISTIANDAD

NÚMERO 43 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448
BARCELONA

6 Enero de 1946

Cruz, 1, 1.º - Teléfono 26676
MADRID

La «vocación» de CRISTIANDAD

No estará de más precisar de nuevo al empezar el año el plan de CRISTIANDAD. Es muy necesario, en efecto, que lo tengamos muy presente para no perderlos en medio de la serie de números monográficos nacidos a menudo de ocasiones circunstanciales, el hilo conductor que los justifica.

¿A qué vocación responde? ¿Qué ideales viene a divulgar? ¿Qué enemigos viene a combatir? ¿Qué medios piensa utilizar?

Hagámonos estas preguntas cada vez que un número nuevo viene a nuestras manos; porque sólo así sabremos ver en cada uno lo que es en realidad: un ejemplo práctico, particular, de las leyes naturales y sobrenaturales que rigen la ciudad de Dios, y de los obstáculos que la ciudad del mundo opone a su cumplimiento.

¿A qué vocación responde CRISTIANDAD? "Vocación" significa "llamada"; la respuesta es obvia: CRISTIANDAD responde a la llamada del Papa; no a una llamada genérica; a una llamada concreta, adaptada a las necesidades presentes, actuales.

¿A qué nos llama el Papa? A colaborar en el apostolado jerárquico, en todos sus aspectos. Entre los cuales, uno señala como principalísimo: dar testimonio de la verdad.

Remitimos al lector a los pasajes pontificios en que se encarece la importancia primordial de esta tarea. A ella respondemos con la libertad de espíritu y con la modestia que Benedicto XV aconseja a los seglares, en un pasaje que citábamos en el número anterior.

¿Qué ideales viene a servir? Los ideales de la Iglesia. De nuevo hemos de aclarar: no unos ideales genéricos, intemporales: sino concretos, adaptados a las necesidades presentes, actuales.

Y estos ideales concretos han encontrado una fórmula de expresión completamente popular ya en la Iglesia: "El reinado social de Jesucristo".

* * *

CRISTIANDAD se propone desarrollar este año un plan concreto dentro de su plan general. Concurre ahora el centenario del advenimiento al Soglio Pontificio de Pío IX. La figura de este Papa y la época en la cual reina por sí solos constituyen un gran motivo de estudio. Pero hay mucho más. Aparte del interés que como conmemoración histórica representan poseen, además, una palpitante actualidad. Actualidad que viene dada por el hecho de haber ocurrido durante aquel largo Pontificado, los acontecimientos más trascendentales y hasta dramáticos de la gran lucha entre el liberalismo y la Santa Sede.

Las especiales circunstancias de la época hicieron de la figura de Pío IX la piedra de escándalo de los enemigos de la Iglesia, al mismo tiempo que la reacción hizo nacer en los fieles el amor a la figura del Papa humanizada y popularizada de nuevo.

En aquel momento se inician y aparecen a la luz pública muchos movimientos que alcanzan sus últimas consecuencias en nuestros días. Y esta actualidad viva que la figura de Pío IX y su época tienen, o mejor dicho, mantienen, se irá viendo a medida que vayamos avanzando en su estudio a través de las páginas de la Revista. Por de pronto el número dedicado al movimiento del Avenir y a Gregorio XVI, y los inmediatamente próximos que, Dios mediante, irán viendo la luz, sirven de preparación y entran de lleno en el plan que CRISTIANDAD, desde su primer número, se propuso.



En calendas cristianas

Con toda seguridad, aun el espectador más indiferente ha de quedar impresionado por la admirable oportunidad histórica en que alcanza su plenitud el Imperio Romano, que no sólo fué, relativamente considerado, la mayor organización política que ha aparecido en el curso de los tiempos, sino que al difundir un solo lenguaje en el mundo entonces civilizado y al convertirlo en una compleja unidad administrativa que va adquiriendo unos mismos conceptos políticos, prepara y, vulgarmente diríamos, sirve como en bandeja a los primeros cristianos los instrumentos más idóneos para la expansión de la Verdad Revelada.

Sin embargo, este momento cumbre en la historia del género humano, ofrece a la consideración del cristiano curioso otros aspectos que sin llamar tanto la atención como la unidad administrativa, lingüística y política, jamás hasta entonces alcanzada por nuestra civilización y jamás desde entonces readquirida, son, no obstante, suficientes para hacernos meditar sobre la misión providencial del cuarto Imperio de Daniel (1): uno de ellos y acaso el más importante y cuyo comentario hubiese sido muy adecuado este año es la paz, llamada octaviana, con la que el mundo esperó a Aquel que venía a traernos la verdadera Paz; otro, es la ingenua soberbia técnica de aquella generación convencida como estaba de ser la más ilustrada después de varios siglos de incesantes progresos en ciencia pura, circunstancia que, como intentábamos subrayar en un comentario nuestro (2), pone más de relieve hasta qué punto debe entenderse humanamente como excepcional la labor apostólica de los tres primeros siglos.

Pero hoy, obedeciendo al plan de conjunto que la dirección de esta Revista ha trazado para el presente año, intentaremos aludir a una particularidad notable de la civilización romana y en la que ésta alcanzó una perfección hasta entonces nunca igualada: nos referimos al calendario.

Es evidente, que la meditación oportuna de los principales Misterios de la vida de nuestro Salvador y de su Santísima Madre se habría visto dificultada si, en aquella época el calendario civil hubiese continuado sumergido en intrincadas dificultades o en el marasmo más descarado como lo estaban todavía a principios del siglo I a. de C. los calendarios de todos los países entonces civilizados; más aún: no es aventurado afirmar que la pia recordación de las fechas de los martirios que luego condujo al culto de la memoria de los mártires, confesores y vírgenes que esmaltan de heroicas virtudes la historia de nuestra Iglesia, no habría sido posible si hubiese continuado en el Imperio Romano el calendario vigente antes de Julio César y Augusto, cuyo origen los historiadores hacen remontar generalmente al Rey Numa y aún a Rómulo, si bien fué modificado sin fruto varias veces antes del año 709 de la fundación de Roma (45 a. de Cristo).

* * *

La necesidad de un calendario que permitiese fijar con seguridad un día determinado con respecto a las estaciones naturales del año debió sentirse desde muy antiguo, como se comprende fácilmente si se considera que la época de la floración de los vegetales es completamente fija para cada especie y en algunas de ellas la oscilación no llega ni a 10 días en los peores años; en cambio la época en que se realiza la más importante y aventurada de las operaciones agrícolas, que es la siembra, aparece a nuestros ojos desprovista de toda señal suficientemente segura.

(1) V. CRISTIANDAD núm. 5.

(2) V. CRISTIANDAD núm. 19

En estas circunstancias es de creer que los agricultores de épocas remotas contarían los días que median entre las fechas de ciertas floraciones y las más oportunas para ciertas operaciones agrícolas como nos lo hace creer lo que dijo Jesús, según San Marcos (XIV, 28), al proponer la parábola de la higuera: "Cuando ya sus ramas retoñan y brotan las hojas, conocéis que está cerca el verano".

Por otra parte, existe el hecho de que el día solar medio, la lunación y el año trópico vienen expresados por números tales que en ningún caso la relación de uno a otro puede ser expresada por una fracción sencilla; esto lleva consigo que es tan imposible un calendario sin complicaciones como lo es uno que se adapte exactamente a la lunación.

De Censorino, un astrólogo del siglo III d. J. C., se conserva en parte un supersticioso tratado titulado "De die natali" en cuya introducción encontramos preciosos datos relativos a la historia del calendario romano y por él sabemos que a principios del siglo primero antes de nuestra era existía un mes intercalar que se introducía cada dos años a juicio de los sacerdotes, los cuales eran según las circunstancias sobornados por los arrendadores o arrendatarios, deudores o acreedores y alargaban dicho mes intercalar o diferían su aplicación atendiendo no a la realidad astronómica o a las necesidades de la agricultura, sino a sus compromisos particulares.

No fué hasta el año 709 de la fundación de Roma en que Julio César asesorado por un cierto astrónomo de Alejandría llamado Sosígenes, estableció el calendario llamado Juliano que consiste esencialmente en fijar la duración del año en 365 días y cada cuatro años añadir un día, intercalar después del sexto de las calendas de marzo (3), con lo cual el error cometido no era más que unos tres días cada cuatro siglos. Un detalle que hace comprender el grado de desbarajuste a que en aquel entonces se había llegado en el calendario civil es el hecho de que para hacer coincidir el nuevo calendario con la significación estacional tradicionalmente atribuida a los distintos meses, el año 708 *ab urbe condita*, o sea el 96 a. de J. C., que fué el de transición entre ambos calendarios, tuvo que ser de 445 días, por lo cual ha pasado a la historia con el sobrenombre de año de la confusión.

Sin embargo, de momento se interpretó mal la idea de intercalar el día bis-sexto y se cometió un error de 9 días que fué corregido en época de Augusto; esta corrección, que señala el establecimiento definitivo del calendario Juliano, se conmemoró cambiando el nombre del mes *Sextilis* por el de *Augustus*.

Un monje escita del siglo sexto llamado Dionisio y cuyas excelsas virtudes conocemos por Casiodoro, tuvo la idea no sólo de calcular la época en que tuvo lugar la Encarnación del Señor, sino, además, de fechar sus obras contando los años a partir de dicho acontecimiento.

Si bien es muy posible que la piadosa práctica de contar los años a partir de la Encarnación hubiese aparecido ya anteriormente entre los cristianos, lo seguro es que gracias al cómputo de Dionisio fué a partir de la época de éste, o sea del 525 de J. C., que dicha costumbre se fué difundiendo constantemente y luego en la época de Carlomagno con la mayor viveza.

(3) Este día se llamó el bis sexto calendas *Martii*, de donde procede el nombre de bisiesto de los años de 366 días; en ellos, el día 24 de febrero, que es el día intercalado, no tiene otra conmemoración propia que la vigilia de San Matías; a partir del 25 de febrero, en cada día se celebra la conmemoración propia del día anterior en años normales hasta llegar al 29 de febrero cuyo Santoral es el propio del 28.

Esta manera de fechar no fué adoptada para todos los usos en Cataluña hasta el Concilio de Tarragona de 1180 y en el resto de España en fechas aun más recientes; sin embargo, son conocidos de todos muchos documentos del siglo XI, y más antiguos, en cuya fecha se signa no obstante la era cristiana.

A mediados del siglo XVI, el glorioso Pontífice Gregorio XIII se asesoró con varios astrónomos españoles y, finalmente, el día 4 de octubre de 1582 decidió publicar una bula en la que ordenaba que el día siguiente en vez de ser el 5 fuese el 15 a fin de que el equinoccio de primavera de 1583 coincidiese con el 21 de mayo.

Con el objeto de evitar que en lo sucesivo apareciese un error análogo, se dispuso que los años fin de siglo no fuesen bisiestos excepto uno cada cuatro siglos que seguiría siéndolo.

El calendario gregoriano fué adoptado el mismo día de su promulgación en España, Italia y Portugal; Francia lo adoptó en diciembre del mismo año, disponiendo que el 9 fuese el 20; Alemania rechazó al principio la reforma, a pesar de la opinión favorable del protestante Kepler, pero la aceptaron en 1584 los estados católicos y en 1699 los protestantes; Inglaterra no la introdujo hasta el año 1752 haciendo que al 2 de septiembre siguiera el 14 (entonces el retraso del calendario Juliano había aumentado un día). Suecia adoptó el sistema gregoriano en 1753; finalmente, Rusia, Grecia, Bulgaria, Yugoslavia y Turquía lo han adoptado en nuestros días.

Hoy día, la Hégira, el calendario hebreo, y las cronologías orientales no tienen más que una pequeña importancia en la vida civil de cada país y menos todavía en las relaciones internacionales.

La humanidad al escoger la Encarnación de Cristo como único Acontecimiento-Origen de las eras, obliga a todos y cada uno de los hombres a atribuir más importancia a la venida de Jesucristo al Mundo que a cualquier otro acontecimiento de la historia.

Obsérvese, además, que jamás los países cristianos han visto sus esfuerzos bendecidos por la Providencia si su calendario no era cristiano. Véase sino los desastrosos ejemplos del calendario francés (22-IX-1742 a 10-I-1806) y el fascista (1922 a 1945).

* * *

Establecida así la trascendental importancia de nuestro calendario, cabría discutir ciertas remilgadas objeciones de los eruditos que nos limitaremos a reseñar brevemente:

En primer lugar, Dionisio, que en virtud de su modestia quería ser llamado el Exiguo, estableció que la Encarnación del Señor acaeció en el año 753 de la fundación de Roma (o sea en el 4 año de la 194 Olimpiada); en cambio, consta por Flavio Josefo que Herodes murió en el año 750 de la fundación de Roma.

También debe tenerse en cuenta que en las diferentes

épocas, la piedad de los cristianos ha hecho que los años se empezasen a contar a partir del 25 de marzo primero, del 25 de diciembre después, y finalmente, del 1.º de enero.

Estos hechos son causa de que exista cierta incertidumbre respecto a la edad de Jesús en el origen de nuestra Era. Tales cuestiones fueron, no obstante, científicamente analizadas en 1932, por orden de Pío XI en la ocasión que vamos a reseñar inmediatamente.

Parece cierto que el deseo del Papa de celebrar un Año Santo en 1933, tropezaba con la oposición de ciertos Gobiernos que consideraban con recelo la propaganda que inevitablemente debía llevarse a cabo en sus respectivos países. Esta oposición debió influir en elevadas personalidades y próximos colaboradores del Pontífice, quienes esgrimieron probablemente el doble argumento de que el momento internacional era poco propicio a las peregrinaciones místicas y, además, que era poco científico celebrar el Año Santo en 1933, puesto que era sabido por todos los eruditos que, en realidad, el XIX centenario de nuestra redención había tenido lugar ya en 1930.

Pío XI rechazó estas argucias y en la alocución al Sacro Colegio, en Nochebuena de 1932, comentó el dictamen de sus técnicos, según los cuales podían considerarse como posibles dos fechas para el XIX centenario de la Redención, a saber: 1930 y 1933, ya que la verosimilitud del 1934 era sumamente pequeña (4). "Quiera Dios—dijo el Papa, no sin cierta ironía—que en 2033 se haya resuelto científicamente esta cuestión; nuestro sucesor cumplirá entonces con su deber. Nos debemos ahora cumplir con el nuestro." Y el Año Santo empezó en Pascua de 1933.

* * *

El presente número de CRISTIANDAD ostenta la fecha de 1.º de enero de 1946. Esta es, gracias a Dios, una revista católica; pero una revista hebrea y un diario comunista y la carta de un japonés se fecharán también en 1946. Y este 1946 significa que hace 1946 años que vino al Mundo el Hijo de Dios.

"Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios", leemos en el Evangelio. Lo que es del César es la moneda que lleva su signo: quien aceptaba una moneda como de curso legal, aceptaba, según la ley, el soberano cuya era la efigie.

¿No será de Dios el Tiempo, ya que lleva el signo de Dios? Paguemos, pues, a Dios el tributo del tiempo que le debemos y roguemos para que todo aquel que feche según la era cristiana reconozca pronto la soberanía de Cristo.

FRAXINUS EXCELSIOR

(4) En este dictamen se estudiaban no sólo los errores probables de los diferentes cálculos sino todos los datos conservados por la tradición y los cálculos relativos a los acontecimientos astronómicos de la antigüedad.



Raimundo Martí, un teólogo español del siglo XIII

II

UNA INFLUENCIA TEMPRANA DE SANTO TOMÁS EN ESPAÑA

Del defecto de fe provienen todos los males

"Y al contrario, si mediante las obras de virtud esperasen alcanzar una felicidad sin término, diéranse diligentes a la práctica de las virtudes, y a trueque de luego poder cosechar con júbilo, sembrarían ahora gustosamente con lágrimas. Así el labrador, por aquel poco de fe que tiene de recobrar, no mil veces tanto del grano que sembró, o el céntuple, sino el décuplo por lo menos, tuéstase pacientemente con los ardores del sol en el verano, sufre animoso las inclemencias del frío en el invierno, aguija sus bueyes, surca una y otra vez la tierra con el arado, pasa invicto por otros muchos trabajos roturando sus tierras, y luego, por aquella fe que le anima, echa sobre esa tierra su mejor grano, y como necio lo sepulta, sin que peligro alguno de nieblas y granizos, de ardores o sequías, o de cualquier otro accidente baste a arrearle. Así, también, si los epicúreos y naturales creyesen en una vida, dichosa o miserable, que según los méritos propios de cada uno ha de caberles después de la presente, para evitar la miserable y evitar la dichosa se esforzarían con todo su anhelo. Porque naturalmente, como queda dicho, huímos lo que tememos y buscamos lo que amamos. Pero nadie puede amar ni odiar aquello en cuya existencia no cree. Del defecto de fe proceden, pues, y provienen todos los males del mundo. Y, según Algazael, en el tratado *De la ruina de los filósofos*, esta injuria del alma racional es debida principalmente al médico Galeno (*Galenum medicum palitur principem*), el cual sentó que el alma era la misma compleción del cuerpo. Pero cuando con la ayuda de Dios probáremos su inmortalidad, aparecerá que dicen falsedad Galeno y la gran turba de los naturales y físicos.

Los «filósofos»: Sócrates, Platón y Aristóteles

"*Filósofos*, por último, son los que, como dice Algazael (en el citado libro *El que saca del error*), contra los antedichos, es decir, contra los naturales y los epicúreos lucharon denodadamente con razones y virilmente rechazaron su perfidia, probando que Dios existe y que el alma racional nunca perece y que los placeres corporales no son el sumo bien. Los más famosos de los cuales fueron los postreros, es decir, Sócrates, que fué maestro de Platón, y Platón que fué maestro de Aristóteles, que tiene primacía sobre todos. Porque él redujo al debido y conveniente orden las ciencias de los primeros, sobre todo la lógica, y cercenó muchas de las cosas que algunos habían dicho superfluas o fantásticas. Y reprendido una vez de falta de veneración al maestro, a quien contradecía, respondió: "*Platón y la verdad son dos amigos de mí muy estimados; siempre, empero, me es más estimada que Platón la verdad*". Aun éste, no obstante, con todos sus secuaces, como son Avicenna y Alfarabio, en tres puntos fué hallado herético, a saber: en que presumió afirmar que el mundo es eterno, que ha sido siempre y que siempre será; y que Dios ignora las cosas particulares y sólo conoce las universales como son los géneros y las especies; y que no habrá resurrección de los cuerpos, quedando sólo pena espiritual para los impíos y felicidad para los justos después de la muerte. Hasta aquí según palabras de Algazael".

La errónea actitud de los filósofos

Expuestos ya para hablar con los propios términos del autor del *Pugio*, los errores de los que no tienen ley, la re-

copilación de ellos da exactamente el catálogo de las cuestiones que tratará en la primera parte: Existencia de Dios; que el placer carnal no es el sumo bien; inmortalidad del alma contra *epicúreos y naturales*. Sigue un capítulo (el quinto) de carácter general *De la secta de los filósofos* en que se expone el trabajo meritorio de la filosofía; pero, con palabras de Algazael, se condena la astrología judiciaria, se ataca la excesiva credulidad en los filósofos, y se defiende, con la autoridad del mismo Algazael y de San Agustín y otros Padres, la superioridad de la profecía o revelación y de la fe sobre la razón, y son llamados *male cocti y vehementer insulsi* los que, afectados con exceso a la filosofía, parecen creer más a los filósofos que a los profetas, más a su Aristóteles que al Creador, y más afanosos andan por tener libros de filosofía que de teología. La fe salva, no la ciencia, y el fin del cristiano es vivir bien. Reanúdase, luego, el examen de los errores enumerados en el primer capítulo, siguiendo ahora por la *trinitas nequissima* de los errores filosóficos: eternidad del mundo, negación del conocimiento divino de las cosas singulares, negación de la resurrección. Nueve capítulos dedicados a proponer y examinar las razones en pro de la eternidad y de la no eternidad del mundo. El autor que en la *Explanatio* parece inclinarse a la certeza filosófica de la no-eternidad, afirma aquí en capítulo especial (el XIII) que la novedad o no eternidad del mundo se sabe por revelación y no puede probarse demostrativamente. Es la misma posición —pronto veremos hasta qué punto y por qué— de Santo Tomás. Unas palabras del autor del *Pugio* a este propósito mostrarán el valor que él daba a los argumentos filosóficos en materias dogmáticas: *Ne videatur ergo fides catholica in vanis rationibus constituta, et non potius in solidissima Dei doctrina, ingenue confitemur, sine praeiudicio tamen, quod supra dictae nostrorum rationes, licet sint probabiles, non tamen usquequaque de necessitate concludunt mundi novitatem; sicut nec rationes Philosophorum, ut praeostensium est, eius aeternitatem*. Pasaje coincidente, aunque no del todo, *ad litteram* con otro de Santo Tomás (C. G., El; razones de los que niegan a Dios el conocimiento de los singulares por parte de Dios; Que conoce cosas distintas de El; razones de los que niegan a Dios el conocimiento de los singulares; Dios conoce los singulares, los posibles, los futuros contingentes, infaliblemente y *ab aeterno*, los pensamientos y voluntades de los corazones; conoce infinitas cosas, pero no con ciencia de visión porque *infinita non sunt actu, nec fuerunt, nec erunt*; conoce las cosas viles, conoce el mal y las privaciones y defectos. Por último, solución de las objeciones contra la resurrección, especialmente —y en forma todavía hoy *mutatis mutandis* aprovechable— de la objeción que se funda en la sucesiva pertenencia de una misma materia a distintos cuerpos humanos.

El problema de la prioridad entre R. Martí y Santo Tomás

La forma de exposición y argumentación en toda esta primera parte es la escolástica o dialéctica, característica de los autores de su tiempo; el lenguaje, claro y preciso; el raciocinio, vigoroso; los argumentos, sólidos, eliminados los puros juegos de ingenio, el pensamiento sobrio, descartada la inútil curiosidad; el tono, ponderado y modesto, sin alardes ni ostentaciones aparatosas, tan fáciles en autor de tan extensa erudición como el que nos ocupa.

Pero, ¿es en verdad parto genuino de nuestro controversista?

Hanse notado coincidencias literales de texto entre R. Martí y Santo Tomás. Miguel Asín Palacios en su erudito trabajo *El averroísmo teológico de Santo Tomás de Aquino*, que forma parte del homenaje a Don Francisco Codera, en su jubilación del profesorado (Zaragoza, 1904), después de haber hecho notar una serie de coincidencias entre Santo Tomás y Averroes, que él reputa imitaciones, pasando a indagar los probables conductos de estas imitaciones por parte del Angélico, sentada y motivada la premisa: que *Raimundo Martí tuvo a su disposición y utilizó el libro "Quitab falsasa", de Averroes, cabalmente para desatar el nudo teológico de la ciencia divina de los individuos conforme a la doctrina de Averroes, que es también la del Doctor de Aquino*, pregunta: "Ahora bien; ¿pudo éste copiarlo del *Pugio Fidei*?" y responde: "Para mí no cabe duda. La *Summa contra Gentes* fué escrita como el *Pugio Fidei* por mandato del Maestro General de la Orden Raimundo de Peñafort. Ambos autores son, pues, contemporáneos; pero R. Martí, de más edad, llevaba ya largos años de estudio y de trabajo sobre las fuentes árabes, cuando parece que Santo Tomás comenzó a componer su libro. Por otra parte muchísimos capítulos de la *Summa* son **IDÉNTICOS LITERALMENTE** a los del *Pugio*, y como las ideas comunes a ambos libros son a veces traducción literal de textos árabes de Algazael, Avicena, Averroes, etc., no es atrevido afirmar que Santo Tomás las tomaría de R. Martí, especialista en el conocimiento de la filosofía musulmana. Sería inaudito suponer lo contrario". Contestando a esta afirmación de Asín Palacios, el P. Getino, de la Orden de Predicadores, en otro opúsculo titulado asimismo *El averroísmo teológico de Santo Tomás de Aquino*, se esfuerza en demostrar, apelando a una combinación de datos cronológicos y fundadas conjeturas, que la *Summa contra Gentes* fué escrita entre los años 1253 y 1264, antes, por tanto, que el *Pugio Fidei*, del cual consta, por testimonio explícito de su mismo autor en el capítulo X de la parte segunda, que al ser escrito este capítulo contaban los cristianos 1278 años desde la Encarnación. Advierte el Padre Getino que Santo Tomás pudo conocer a Averroes por medio de otros traductores, aun especiales, como conoció a Aristóteles sin dominar él mismo el griego, por las versiones de Moerbeca. Y concluye, conjeturando, que fué R. Martí quien copió de la *Summa contra Gentes* de Santo Tomás, la cual, según De Groot, —autor, empero, del siglo XIX— fué escrita por el Santo Doctor para que la usasen sobre todo los que se preparaban a la conversión de los hebreos y sarracenos en el Seminario Apologético de San Raimundo de Peñafort, donde se educó el autor del *Pugio Fidei*.

Las coincidencias entre el «Pugio fidei» y la «Summa contra gentes»

Cúmpleme añadir, por mi cuenta, unas breves observaciones encaminadas a la liquidación de este debate. En primer lugar, hay que rectificar la afirmación de Asín Palacios, referente a la mayor edad de R. Martí sobre Santo Tomás. Nacido éste por los años de 1225, llevaría unos cinco de ventaja al autor del *Pugio*, que vió la luz por los de 1230. En segundo lugar, parece muy en su punto la advertencia del Padre Getino de que Santo Tomás pudo conocer los escritos de Averroes por otros conductos. En cuanto a la afirmación de Asín Palacios de que **MUCHÍSIMOS** CAPÍTULOS de la *Summa contra Gentes* son idénticos literalmente a los del *Pugio Fidei*, creo que habría que invertir los términos del enunciado que **MUCHÍSIMOS** CAPÍTULOS de la primera parte del *Pugio* —sólo en la primera parte conocemos coincidencias de texto con el Angélico Doctor— son en general, sólo con supresión o adición de alguna prueba, literalmente idénticos a otros de la *Summa contra Gentes*. Cotejando con alguna detención las dos obras hallamos coincidencia de *siete capítulos del Pugio con siete del libro segundo de la Summa*, que tratan de la eternidad del mundo (6-12 del *Pugio*—32-38 de la *Summa*) con una ligera variación en el orden de capítulos cuyo motivo fuera obvio en ambas soluciones. Además coincidencia de *nueve capítulos del Pugio con nueve del libro*

primero de la Summa, que tratan del conocimiento que Dios tiene de las cosas (16-24 del *Pugio*—43-51 de la *Summa*). Todavía coincidencia del *capítulo veintiseis del Pugio con dos capítulos, ochenta y ochenta y uno, del libro cuarto de la Summa*, que tratan de la resurrección. Por último coincidencia de buena parte del *capítulo cuarto del Pugio* con buena parte del *capítulo setenta y nueve del libro segundo de la Summa*, que trata de la inmortalidad del alma. No excluimos, antes bien sospechamos, otras coincidencias de menor importancia. Resultan de estos datos: *diez y ocho capítulos* de la primera parte del *Pugio* coincidentes, globalmente, *ad litteram* con *diez y nueve* de la *Summa contra Gentes*, en la forma indicada. La relación es en realidad todavía más simple: coincidencia en *tres grandes fragmentos y en otro pequeño fragmento*. Ahora bien, 19 capítulos quizás no puedan decirse *muchísimos* capítulos entre 463 que contiene la *Summa*. En cambio 18 capítulos son realmente *muchísimos* capítulos, entre 463 que contiene la *Summa*. En cambio, 18 capítulos son realmente *muchísimos* capítulos entre los 26 de que consta la primera parte del *Pugio*.

El «Pugio fidei» y la «Summa Theologica» y el cálculo cronológico

La observación preventiva de Asín Palacios, de que la fecha de 1278 del capítulo décimo de la segunda parte del *Pugio* no es por necesidad la de la primera parte, no es en sí desatendible. Por eso creemos que la cronología del P. Getino, aunque de innegable peso, no decide definitivamente la cuestión. Pero es que hallamos todavía entre Santo Tomás y el *Pugio Fidei* nuevas coincidencias, de que parecen no haber tenido ni siquiera sospecha los dos esclarecidos contendientes. En efecto, el *Pugio* no sólo coincide en los lugares citados con la *Summa contra Gentes*, sino que coincide además *literalmente* en otros *cuatro* lugares con la *Summa Theologica*, escrita, parece, por el Santo Doctor en los siete posteriores años de su vida. En efecto; la segunda de las pruebas de la existencia de Dios de la *Summa Theologica*, la *via ex ratione causae efficientis* aparece literalmente en el capítulo segundo del *Pugio*, como primer argumento. En la cuestión 46 de la primera parte que trata también de la eternidad del mundo tiene de común la *Summa Theologica con el capítulo XIV del Pugio* las dificultades 2, 3, 5 y sus respuestas, más la mitad del cuerpo del artículo 1.º; *con el capítulo XII* la respuesta *ad* 8 del artículo 2.º; y *con el capítulo XIII*, la última mitad del cuerpo del mismo artículo. Siempre queda la prioridad cronológica de Santo Tomás, en el supuesto de que la fecha 1278 rija para todo el *Pugio*. Santo Tomás falleció cuatro años antes, en 1274. Pero ya hemos dicho que el solo cálculo cronológico no resuelve la cuestión. ¿Quién depende de quién? ¿O dependen ambos de una fuente común? La verdad es que son ya 21 capítulos de los 26 que tiene la primera parte del *Pugio* donde hallamos extensas o casi totales coincidencias con 22 artículos a capítulos de Santo Tomás.

La solución de la cuestión a favor de Santo Tomás

¿Puede resuelta y categóricamente decidirse la cuestión de prioridad? Yo la considero resuelta y aparte de todo cálculo cronológico. Para mí es evidente que R. Martí extracta de Santo Tomás. Dejémoslos de racionios apriorísticos y de conjeturas; dejémoslos de calcular que la primera parte del *Pugio* ha de ser anterior de muchos años a la segunda porque, como afirma Asín Palacios, es fruto de "larguísimas vigiliias". El argumento valdría si realmente fuese parto del autor del *Pugio*, que es lo que precisamente se contradice. Estudiemos los escritos. Desde luego el estilo sabe por entero a Santo Tomás —en los pasajes coincidentes, y sólo en ellos— para quien esté familiarizado con sus obras. Pero hay algo más definitivo y aplastante que este indicio de criterio interno. Hay un hecho inequívoco, innegable, que resuelve por sí solo la cuestión, que palpablemente demuestra cómo las coincidencias son por dependencia de R. Martí con respecto al Angélico. El hecho es éste —y me complazco en poder hacer al Congreso la aportación de este dato, que estuvo hasta hoy inobservado y que, debo decir providencialmente,

saltó a mi vista anoche mismo, obligándome a redactar nuevamente varias cuartillas—: R. MARTI CITA EN EL CAP. XII DEL "PUGIO" LA "SUMMA CONTRA GENTES" DE SANTO TOMAS (1). No con su nombre, naturalmente; pero sí con la consuetudina fórmula de aquel tiempo: DICIT QUIDAM. "Ad hoc DICIT QUIDAM —escribe en el párrafo trece y penúltimo del citado capítulo—, quod multitudo animarum separatarum a corporibus consequitur diversitatem formarum secundum substantiam; quia alia est substantia huius animae, alia illius; non tamen ista diversitas procedit ex diversitate principiorum essentialium ipsius animae, nec est secundum diversam rationem ipsius; sed est secundum diversam commensurationem animarum ad corpora, etc. hasta quince líneas de todo el ancho de folio. Pues bien, el QUIDAM que dice eso, y lo que sigue, textualmente, no es otro que Santo Tomás en el capítulo 81, solución 2, del libro II, de la *Summa contra Gentes*. De quien a continuación de la cita, disiente R. Martí, apoyando la opinión contraria. Resulta pues claro que fué R. Martí quien tuvo presente y extractó la *Summa contra Gentes* del Angélico al escribir la primera parte del *Pugio*, y no viceversa; que, por obvia razón después de esto, el *Pugio* depende además de la *Summa Theologica* y no al contrario; que ni siquiera hay que buscarles fuente común, aunque hubieran podido tenerla; que la primera parte del *Pugio* no es tan anterior de fecha como calculaba Asín Palacios, ni costó a R. Martí las larguísimas vigiliadas que él suponía. Porque veintiuno casi, de los veintiseis capítulos de que se compone, se los encontró ya redactados. Le costaron sólo el trabajo de emplazarlos en su plan de controversia y hacerles algunas subtracciones y adiciones; por cierto algunas de éstas sacadas de traducciones directas de los filósofos árabes y de los Sagrados Libros, muy estimables.

Sufre la gloria del insigne controversista con esto considerable merma. Aquello del *mejor tratado de Teodicea escrito en España durante el siglo XIII*, que decía Menéndez y Pelayo, con más entusiasmo y celo que diligencia y cautela, viene a reducirse poco más que a unos dorados fragmentos. Todo lo que en la obra de R. Martí pudiera servir para graduarle de gran maestro de la metafísica, no es suyo; aun presumimos que tampoco son suyas las seis pruebas de razón que en favor de la Trinidad se leen en la *Explanatio Symboli*, por más que no hemos podido verificar de qué autor están tomadas.

El valor original del «Pugio» y la gloria de R. Martí por ser su autor

Quédale sin embargo a Martí todavía gloria suficiente: su gloria. La de ser innegable autor de las dos últimas partes del *Pugio*. Breves palabras tan sólo sobre ellas.

(1) Además del P. Getino, con sus observaciones cronológicas, han sostenido, que sepamos, la tesis de la dependencia de R. Martí con respecto a Santo Tomás y no viceversa, el P. Mandonet, O. P., por indicios internos (*Stiger de Brabant*, part. 2, Introd., IV, 2 ed. Louvain 1908), y el P. Francisco Segarra, en su libro *De identitate corporis mortalis et corporis resurgentis*, (pág. 144), fundándose en el estudio de las correcciones numerosas de mano de Santo Tomás, en el manuscrito de la *Summa contra Gentes*, que sirvió de base a la edición crítica de 1918, publicada por mandato de León XIII. El libro del P. Segarra, de recentísima publicación, y el valiosísimo argumento por él aducido no nos eran conocidos antes de la Sesión inaugural en que se leyó este discurso, estando presente el propio P. Segarra, quien al comunicarnos, luego, el resultado de sus investigaciones y ofrecernos amablemente un ejemplar de su muy estimable obra, nos escribía el 24 de mayo: "En las pp. 143-145, nota 4, indico alguna razón que me ha hecho también a mí coincidir plenamente con la opinión de usted que el otro día usted fundamentó con una prueba convincente que no he visto en ningún otro y que por tanto creo original observación suya. Si llegase a hacerse 2.ª edición de mi opúsculo me apresuraré a citarle a usted con la observación de rigurosa justicia de que es usted el que primero ha atinado con una prueba tan sencilla como fuerte".

Por nuestra parte, nos apresuramos a reconocer que a su vez la deducción del P. Segarra, basada en las correcciones autógrafas, nos hubiera parecido ya suficiente, de haberla conocido antes y nos lo parece ahora para zanjar una cuestión, que en visperas todavía de leer este trabajo no veíamos claramente resuelta, a pesar de haber reunido un buen número de indicios, que aquí por brevedad omitimos.

La posición del insigne dominicano es aquí como siempre, y más aún, apologetico polémico. El Mesías ya venido; Cristo, Mesías verdadero; los otros mesías, falsos; he aquí el tema de la segunda parte, desarrollada en quince capítulos y demostrado por las profecías, interpretadas y comentadas a base de estudio directo y de los comentarios rabínicos. Las setenta semanas de Daniel, el vaticinio de Jacob, la estatua del sueño de Nabucodonosor, la profecía de Malaquías, la tradición Eliana y otros textos talmúdicos, toda la serie de objeciones judaicas contra el advenimiento ya realizado del Mesías, las causas de la reprobación de los judíos, como introducción, el sentido condicional de las promesas y amenazas de Dios a su pueblo, como remate: todo esto con exposición amplia y eruditísima es la segunda parte del *Pugio*.

La parte tercera se divide en tres distinciones. Identidad de la fe en Dios uno y trino, entre el Dogma cristiano de una parte y el Antiguo Testamento y el Talmud de otra: tal es el argumento de la primera distinción en once capítulos. Creación del hombre, pecado original transmitido a la prole de Adán, excluida del Paraíso hasta Cristo, siempre según los libros y tradiciones judaicas: he aquí los puntos que dan amplia materia para los nueve capítulos de la distinción segunda. Redención del género humano por Cristo; Encarnación; divinidad de Jesús; virginidad de María; Jesús complemento de la Ley y de los Profetas; valor de los preceptos ceremoniales de la antigua Ley; sacramentos de la Ley nueva; Pasión de Jesús; descenso a los infiernos para liberrar a los justos allí detenidos. Resurrección; Ascensión a los Cielos y participación en el poder del Padre; Ley nueva; misión del Espíritu Santo; reprobación de los judíos; conversión de los restos de Israel al fin del mundo; siempre también según las enseñanzas judaicas: he aquí la materia de los 23 capítulos de la distinción tercera.

Algunos juicios acerca de R. Martí

Aquilar el valor de la doctrina y argumentación del *Pugio Fidei* en estas dos últimas partes, es cosa que pocos pueden hacer por cuenta propia. Ateniéndonos al testimonio de estos pocos, si bien con Escaligero habría quizás que reconocer en nuestro autor, a quien él de otra parte torpemente confunde con Raimundo de Sabunda, una excesiva predilección por el sentido alegórico y analógico de los Sagrados Textos también es innegable que su obra queda superior de mucho a otras similares de no escasos autores, anteriores o posteriores, alguno de los cuales, Galatino señaladamente y Porchet, confesándolo el segundo y ocultándolo con reprochable plagio el primero, no hicieron más que utilizar los materiales por él con ingente e improbo trabajo acumulados y ordenados. La autoridad que conceden a esta parte del *Pugio* Nicolás de Lira y Pablo Burgense, los elogios que tributan a su autor el citado Porchet, el Obispo Agustín, Justiniano y los cronistas de la Orden, Antonio de Sena y Francisco Diago, parecen justamente merecidos. Menéndez y Pelayo califica el *Pugio Fidei* de obra maestra de controversia y erudición rabínica, monumento inmortal de la ciencia española, muy utilizado por Pascal en sus *Pensamientos*, llama a su autor grande hebraizante, insigne teólogo, filósofo, escritor y filólogo, gloria de las más grandes e injustamente obscuras de nuestra olvidadiza España, y juega portentosa y todavía no igualada la erudición hebraica con que prueba la venida del Redentor y el cumplimiento de las profecías mesiánicas, Asín Palacios reconoce su pericia en el hebreo rabínico, en el árabe y en el caldeo, y rinde homenaje a la copiosa erudición arábiga de nuestro autor, que no sólo conocía perfectamente el Alcorán y las colecciones de hadices de el Bojarí y de Móslem, sino las obras más célebres de los filósofos y teólogos del Islam, como Alfarabi, Avicena, Algazel, Albenaljatib, Arrazi y Averroes, cuyas palabras correctamente vertidas al latín aduce en apoyo de sus propias ideas. He aquí, finalmente, cómo es juzgado Martí en la *Jewish Encyclopedia*. Hace observar el articulista la relativa benignidad y moderación de la ponencia de R. Martí en la comisión revisora de los escritos rabínicos por encargo del Rey Jaime, remitiendo para ello al siguiente pasaje del

Pugio (II, 14, 8), que contiene uno de sus puntos de vista fundamentales acaso el más fundamental de toda su controversia: "Es verosímil y creíble que Moisés y los demás Profetas legaron a sus sucesores muchas sentencias de las Escrituras y muchos misterios de la fe, y estos luego a otros sucesivamente, hasta los que escribieron el Talmud y otros libros de los judíos, en los cuales nosotros, no sin máxima displicencia de los modernos judíos, hallamos estas sentencias y misterios, y de ahí deducimos la verdad de la fe cristiana, con tal vigor que se ven obligados, o bien a despreciar, violentando su conciencia, los dichos de sus maestros a causa de los cristianos presentes, o bien a ponerlos en duda con todo esfuerzo; ya que otro recurso no les queda; contra los cuales en tal caso es esta glosa o tradición óptimo medio para convencerles de la falsedad y contrastar su insolencia". Deduce de aquí la *Jewish Encyclopedia* que Martí habría informado en el sentido de que muchos pasajes de los libros talmúdicos eran confirmativos de la fe cristiana y que el *Talmud* no debía ser quemado enteramente. Y añade: "La última parte del *Pugio* es valiosa por sus extractos del Talmud, del Midrasch y de otras fuentes. El autor ha sido acusado de falsario a causa de sus citas del *Génesis de Rabbah*, que no es conoci-

do más que por el *Pugio*; pero Zunz —el fundador de la ciencia rabínica moderna— le defiende de este cargo. Martí era ampliamente erudito en la literatura hebrea, alegando textos no sólo de las obras talmúdica y midrásticas, sino también de Raschi, y Ibn-Ezra, Maimónides y Kimji. Sus ideas fundamentales, que trata de demostrar con tales citas, son que Jesús se halla anunciado en la literatura rabínica como el Mesías e Hijo de Dios; que la ley judaica, aunque revelada por Dios, fué abrogada por el advenimiento del Mesías; que los talmudistas corrompieron el texto de la Biblia, como está indicado por la *correctio scribarum* (*tikkum soferin*). La obra de Martí fué durante largo tiempo la principal fuente de los polemistas dominicanos". Hasta aquí la *Jewish Encyclopedia*.

Y concluyo con la conocida recomendación del hijo de Sirac (Eccl., XLIV, 1-4): *Laudemus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua. Multam gloriam fecit Dominus (in eis) magnificentia sua a saeculo... Homines prudentia sua praediti, nuntiantes in prophetis dignitatem prophetarum... (tradentes) virtute prudentiae populis sanctissima verba.*

J. M. Llovera.

Jesucristo, centro de la Historia

Por Augusto NICOLÁS

El presentimiento de dos historiadores paganos en una sociedad pagana

Siéntese cierta predisposición en considerar el *Discurso sobre la historia universal* de Bossuet como una oración en favor del Cristianismo, y al leerlo se toman precauciones contra dos caracteres de su autor; el de sacerdote católico y el de escritor de gran talento. El de sacerdote le hace mostrarse parte interesada y hallarse prevenido favorablemente. El mismo no oculta que trata las revoluciones de los imperios teniendo en cuenta las Profecías que les habían predicho con respecto a Jesucristo, y cuando refiere a aquellas revoluciones estas profecías, parece como que las amolda a ellas. Por otra parte, su talento, tan superior en esta obra, parece perder en persuasión lo que gana en ascendiente. Parece que su mano precipita a placer estos imperios unos sobre otros con espantoso estrépito, yendo a perderse en ruinas en solo el imperio romano Medos, Persas, Egipcios, Griegos, Alejandro y sus sucesores; y cuando al llegar a la batalla de Accio, después de habernos representado a César dominando los últimos baluartes del mundo vencido y vuelto a la unidad, cerrando el templo de Jano, y viviendo todo el universo en profunda paz bajo su poder, termina con esta exclamación: ¡Y JESUCRISTO VIENE AL MUNDO! parece obtener un triunfo demasiado grande para convencer.

Pero ¿qué diremos, si antes de la venida de JESUCRISTO, en medio de una sociedad enteramente pagana, bajo una preocupación completamente extraña, ya que no contraría a la devolución del poder romano a JESUCRISTO y a su Iglesia; en el centro mismo de aquellas revoluciones de los imperios que iban a parar a este fin, encontramos consignado por la pluma de los dos historiadores más graves y más fríos de aquella época solemne de la humanidad, el presentimiento más justificativo de esta mira de Bossuet, formando con él como la consonancia de dos voces que se corresponden de los dos lados del acontecimiento que los separa?

Pues bien, precisamente en esto estriba lo curioso del espectáculo que nos ofrecen los testimonios de Polibio y de Tito Livio, unidos a algunas otros del mismo tiempo con los que forman cuerpo.

El presentimiento de Polibio

Polibio, cuyo saber ha eclipsado su gloria, es una de las figuras más nobles de la Antigüedad. Tuvo parte en todos los acontecimientos del segundo siglo antes de Jesucristo; en Grecia, en Asia, en Roma, en Africa, y podría llamársele como a la narración que él ha escrito de ellos, *universal*. Después de haber sido discípulo de Filopémenes, cuya urna cineraria tuvo el honor de llevar en los funerales de este grande hombre, que fueron los de la Grecia, llegó a ser en Roma, a donde fué enviado en rehenes, maestro y amigo de Escipión a quien le auxilió con sus consejos a apoderarse de Cartago. En una palabra, fué el moderador, el sabio y el político de aquel siglo tan decisivo en los sucesos del mundo, siglo que atravesó casi por completo (de 200 a 120). Hacia el año 150, compuso una historia de estos sucesos, la cual, salvo su gran talento, es como el *Discurso* de Bossuet. Dióle el título de *Khacolikén*, universal, y este título nuevo entonces no carece de especial significación.

En esta historia, la idea dominante y que resume su lección es la siguiente:

Los acontecimientos, dice, conducen al mundo a cierta *unidad*... Antes de ellos, los sucesos que ocurrían en el universo no tenían trabazón alguna (esta trabazón la han demostrado Daniel antes de nosotros y Bossuet después). Pero posteriormente, hanse reunido todos estos hechos como *en un solo cuerpo*. Los acontecimientos e intereses de Italia y de Africa han formado *un solo todo* con los del Asia y de la Grecia: todos se han referido *a un solo fin*... La fortuna en nuestros días ha *inclinado*, por decirlo así a un solo lado el universo *obligando* a todas las cosas, a *dirigirse* o *propender* hacia un MISMO OBJETO (1)".

¿Cuáles eran esta *unidad*, este *fin*, este *objeto*? Si se le pregunta hoy día a un niño, contestaría sin vacilar: JESUCRISTO y su Iglesia; y nadie entre los más osados se opondría a contradecirle.

Pero Polibio lo ignoraba enteramente; y tan solo con-

(1) Prólogo y lib. I, 4.

signa, en el primer momento en que ya se perfila, el hecho de una inclinación de las cosas y de una preparación extraordinaria de los acontecimientos a un gran fin; la ignorancia misma de este fin da a su testimonio un valor mucho más elevado, viniendo a apoyar singularmente el argumento de esta preparación del universo al cristianismo invocado después.

Polibio atribuye esta preparación, a lo que él llama la *Fortuna*. Pero esta palabra, rebelde en su pensamiento un sentido más elevado. Polibio estaba exento de todas las creencias supersticiosas de su época. Tal vez no comprendía el sentido de lo *divino* en su prodigalidad pagana. Pero de su *Historia* resulta, como lo ha manifestado su traductor Thuillier que él creía, bajo el nombre de fortuna, en una providencia que dispone y dirige todos los acontecimientos e intereses de este mundo a sus fines. Además, esto resulta de los pasajes que acabamos de citar: *conducir al mundo* a cierta unidad; *referir todos los sucesos e intereses del mundo* a un solo fin; *inclinarse al universo* a un solo lado; *obligar* a todas las cosas a dirigirse hacia un mismo objeto, alejan la idea de causalidad e implican la de designio, de consejo, de premeditación, y en una palabra, de providencia (...)

Pero he aquí lo que es más trascendental.

Esta gran unidad, este solo fin, este mismo objetivo hacia donde se inclinaban y propendían todos los sucesos e intereses del mundo, según el sentir de Polibio, por una influencia que apareció en breve a los ojos de todos, no podía ser sino divina, era natural que el poder romano, que parecía ser quien se beneficiaba de ella, los refiriese a sí solo y los limitara a su dominación.

Pues bien, no fué así; el poder romano comprendía que no giraban las cosas de aquella suerte para él, sino para una potestad infinitamente más alta, moral, espiritual, divina como la acción y donde su mismo poder sería absorbido después de haberlo él absorbido todo en sí: potestad de la cual él no sería el término sino el punto de partida y a la que debería ceder el sitio.

El presentimiento de Tito Livio

Este admirable presentimiento, en oposición tan manifiesta con todas las preocupaciones romanas y paganas, como posteriormente se demostró por su lucha mortal contra el cristianismo, nos lo atestigua en aquella época, no ya un poeta, sino un historiador, y el historiador romano por excelencia, Tito Livio.

He aquí cómo lo testifica la conclusión de sus *Décadas*.

Quis rubitet quin, in aeternum urbe condita, et in immensum crescente, NOVA Imperia, Sacerdotia, Jura gentium, hominumque instituantur (2). ¿Quién puede dudar que la ciudad fundada eternamente y creciendo en inmensidad, esté destinada a ser la sede de una *nueva Potestad*, de UN NUEVO Sacerdocio, de UN NUEVO Derecho de gentes y de la humanidad?

¿Necesito hacer resaltar en un historiador tan grave y tan moderado como Tito Livio, la trascendencia de todas las expresiones de esta conclusión de los destinos de Roma?

Sí, *in aeternum urbe condita*, esta ciudad que llamamos todavía dos mil años después la CIUDAD ETERNA, y también la CIUDAD UNIVERSAL, *et in immensum crescente* ya qué estaba destinada? ¿A conservar para sus Césares, para los Pontífices de su Júpiter, para su derecho, sin dignidad y sin compasión, que hacía pesar sobre el niño, sobre la mujer, sobre el esclavo, sobre los pueblos, sobre la humanidad, su yugo de hierro, a conservar, repito, de esta suerte, aquel imperio por el que había trabajado tanto?—No.—¿Pues a qué? A ser la sede de otro Poder diferente, de otro Sacerdocio divino, de otro derecho de gentes distinto, afectando de muy diverso modo la raza humana entera, *gentium hominumque*. Todo esto es nuevo. *Nova*.

*Recedant vetera,
Nova sunt omnia!*

(2) Tito Livio, lib. IX.

como canta aún diariamente el Universo redimido a los pies de Jesucristo (3).

¿Y este presentimiento tan prodigioso lo experimentaba solamente Tito Livio?

Este autor indica esta opinión con una palabra que extiende aquel presentimiento a todo su siglo: *Quis dubitet?* ¿Quién puede dudar? (4). (...)

La ley eterna en el pensamiento de Cicerón

Hay una página de la República de Cicerón que nos ha conservado Lactancio, precisamente por el gran valor que éste le daba como testimonio del presentimiento sobre la venida de Jesucristo, y del reino universal de su Ley.

El orador filósofo, en su tratado *de las Leyes*, habíase elevado a una concepción de la Ley, que, bajo una forma filosófica viene a preludiar el *In principio erat Verbum et erat apud Deum, Lux vera quae illuminat omnem hominem in hunc mundum*, de San Juan.

“Existe una razón, dice, *emanada del Principio* de las cosas, que induce al bien y que aparta del mal: la cual no comienza a ser ley solamente desde el día en que es escrita, sino desde el día en que ha nacido: así, pues, *es contemporánea de la Inteligencia divina*. Tal es la recta Razón de Dios. (5). Esta recta Razón de Dios, una vez afirmada y desarrollada en la inteligencia del hombre es LA LEY...; Existe, pues, dado que la razón está en Dios y en el hombre, una *primera sociedad* de razón del hombre con Dios. De manera que se nos puede llamar la familia, la raza, la descendencia celestial. Y de aquí resulta que para el hombre, reconocer a Dios, es reconocerse y recordar de donde ha provenido (6)”.

No se puede pedir más a la inteligencia humana en el estado de crepúsculo en que se hallaba sumida, antes que la luz misma que entreveía viniera a fijar su reinado entre los siglos (7). ¡Y pluguiera a Dios que, por haberse *negado a recibirla*, no hayan recaído los que tal hicieron en tinieblas cien veces más densas que las que penetraba este perspicaz pagano!

Pero lo que parece exceder los límites de la inteligencia humana y haría suponer en Cicerón un presentimiento intuitivo de esta luz, cuya impresión en torno suyo hemos consignado ya, es la previsión de este *Reinado* de la Ley eterna, debiendo venir próximamente a sujetar a la humanidad de todos los países y de todos los tiempos, con un carácter enteramente divino; como si no fuera ya esta Ley abstracta, sino Dios mismo en ella quien, por una *segunda sociedad* más personal con los hombres, debiera venir a revelarse.

Cicerón, en efecto, en esta página de su *República*, a donde llegamos, reproduce esa definición de la Ley, con una amplitud y una fuerza, que quebranta el formulismo romano para extenderse a toda la raza humana.

“Hay una Ley, verdadera y absoluta, dice, universal invariable, eterna, cuya voz enseña el bien que manda practicar y aparta del mal que prohíbe. No se la puede revocar por otra ley ni cercenar en nada; ni el pueblo ni el Senado pueden dispensarse de obedecer a ella; y es ella misma su intérprete...”

Después, con un entusiasmo creciente, pasando de la especulación a la realidad, de lo presente y de lo pasado al porvenir, exclama:

“NO SERA otra en Roma, otra en Atenas, otra hoy, otra mañana: por doquiera, en todo tiempo, REINARA esta Ley inmutable y santa, y con ella Dios, el Señor y el Rey del mundo. Dios que la hizo, discutió y sancionó: desconocerla

(3) Himno de Santo Tomás de Aquino.

(4) No conozco un solo publicista profano que no haya manifestado a su manera este presentimiento universal. Citaré especialmente a..... Virgilio (“Pollion”), Suetonio (Vit. Octav. Aug., cap. XCIV—“In vesp.”), Tácito (“Hist.” lib. V, cap. XLII), Plutarco (“De la fortuna de los Romanos”, núm. 33) y en fin a Joséfo (“Guerra de los Judíos”, cap. XXXI), aquel judío que traficaba en profecías en servicio de los Romanos y que transportaba a los extranjeros, según la expresión de Bossuet, las esperanzas de Jacob y de Judá. (De la misma obra de NICOLAS, pág. 43).

(5) *De legibus*, lib. II.

(6) *De legibus*, lib. I.

(7) San Juan, cap. I.

es abjurar de sí mismo. es hollar con los pies su naturaleza, es imponerse a sí propio el castigo más cruel, aun cuando fuera posible librarse de los demás suplicios que se cree están reservados en otra parte (8)".

Palabras admirables, dice Lactancio, que parecen ser, no ya de un filósofo, sino de un profeta; de un profeta en efecto de esta *Ley evangélica y verdaderamente católica* que iba a reinar para siempre en el universo, y con ella Dios, el Señor y Rey del mundo.

He aquí este Rey que es verdaderamente Rey, y a quien era preciso que conociéramos para salvarnos, de que hablaba el mismo Cicerón, en su tratado de la *Adivinación*. (...)

El presentimiento de Sócrates y de Platón

Nada estaba exento de esta creencia. No solamente se desprendía, de la fábula, cuyas ficciones dejaba en pos de sí para fijar su mirada en el porvenir, sino que se hallaba en las más altas cimas de la Filosofía, y siempre con el mismo carácter de universalidad.

Así se nos aparece seiscientos años antes de JESUCRISTO, en los dos confines del mundo, en Grecia y en China, en boca de Sócrates y en la de Confucio.

Sócrates y Platón, a quienes no es posible separar, pues uno y otro resumían todo el trabajo del pensamiento humano ejerciéndose en las tradiciones y respecto de las cuales fueron decayendo todas las sectas filosóficas de la antigüedad, no se formaban ilusión alguna sobre su insuficiencia, para reformar al género humano... Sus esfuerzos más sublimes van a parar a una dimisión y a un *Desideratum*, que implican, a no dudar, una creencia y una esperanza. "Si los Dioses, dicen, quieren persuadirnos que se ocupan de nosotros, que nos envíen Consejeros para instruirnos sobre lo que debemos hacer y lo que debemos omitir (9). Como no quiera Dios ENVIARNOS A ALGUNO para instruirnos POR SU PARTE, no esperéis lograr nunca el designio de reformar las costumbres de los hombres (10)". "Es, pues, preciso elegir entre los razonamientos humanos lo mejor y más sólido que existe, y embarcándose en ello como en una barquilla más o menos segura pasar la borrascosa mar de esta vida a menos que se pueda encontrar para tal viaje una nave a toda prueba —UNA REVELACION DIVINA—, para terminar felizmente esta travesía, etc., etc. (11)".

Pero donde adquieren este deseo y este llamamiento el carácter formal de una esperanza y de una *espectación*, es en el célebre pasaje del *segundo Alcibiades*, tantas veces citado, en que, encontrando Sócrates a Alcibiades, que acude al templo a implorar a Apolo (a este Apolo que era ya una figura mitológica del Libertador), le disuade de su propósito, y formula de esta suerte su fe, la fe verdadera en el Mediador esperado en el diálogo siguiente:

"SOCRATES.—Es necesario que esperes, hasta que enseñe alguno la conducta que debes observar para con los Dioses y los hombres.

"ALCIBIADES.—Y ¿cuándo llegará ese tiempo, Sócrates? ¿Y quién será ese PRECEPTOR? ¿Con qué placer le veré!

"SOCRATES.—Será El que te ama... Pero ante todo es preciso que libre tu alma de las tinieblas que la cubren, y que te ponga en estado de discernir los bienes de los males (12).

"ALCIBIADES.—Que disipe, si quiere, estas tinieblas y todo cuanto guste. Quienquiera que sea ese personaje, estoy pronto a obedecerle sin reserva, con tal que me haga mejor (13).

(8) *La República*, XVIII.

(9) Xenofonte, *Memorables*, lib. I, cap. XIX.

(10) Platón, *Apol. de Sócrates*.

(11) *El Fedon*.

(12) Es de notar que este Preceptor presentado como debiendo venir, y en tiempo futuro (será) existe ya (el que le ama, que libre tu sima, que te ponga en estado de discernir).

(13) ¡Admirable sentimiento, al que podría reducirse toda la cuestión cristiana!

"SOCRATES.—Aquel te profesa un afecto maravilloso (14).

"ALCIBIADES.—Aplacemos, pues, mi sacrificio hasta la llegada de ese venturoso día; ¡quiera el cielo que no tengamos que esperarle por mucho tiempo!"

He traducido lo más literalmente que me ha sido posible esta página sobre la cual nunca llamaré sobrado la atención. En efecto, ella muestra, hasta en el seno del paganismo, la fe que había en JESUCRISTO, el cual debía venir a instruir visiblemente a la humanidad; y no obstante, existiendo ya en ese maravilloso amor que le ha de inducir a dar este paso. Además ofrece un sentido luminoso a otros muchos pasajes de Platón, que también le iluminan a su vez. ¿Cómo no ver, en efecto, el mismo personaje, Preceptor futuro de la humanidad, pero invocado ya como su Dios, y tal como ha de acabar de darnosle a conocer el Evangelio en estos otros pasajes del mismo filósofo?

"Invoquemos al principio de este discurso al Dios Salvador a fin de que nos salve por medio de una enseñanza extraordinaria y maravillosa, instruyéndonos en la doctrina verdadera (15)" — "Imploraréis al Dios del Universo, Autor de todo cuanto es y será". — ¿Quién es este Dios? — Lo que sigue nos lo dice: — "Rogaréis a su Padre y Señor a quien conoceremos todos claramente, en cuanto es dable al hombre (16)".

He aquí el Verbo, Hijo de Dios, Dios mismo del Universo, autor de todo cuanto es y de todo cuanto será (*per quem omnia facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est*), que debe instruirnos en la doctrina verdadera, y por quien TODOS conoceremos CLARAMENTE a su Padre y Señor, en cuanto es posible a los hombres.

No conozco nada más claro que estas invocaciones tan análogas del diálogo de Sócrates y Alcibiades, y que se iluminan y aclaran recíprocamente. (...)

Es, pues, forzoso convenir en la única explicación posible, y que se ha dado por dos sabios críticos: "¿De dónde sacó Platón esta doctrina? Dice uno de ellos, a quien debemos el texto purificado del mismo Platón. Imposible es decirlo, si no se admite lo que es por otra parte verosímil, que esta doctrina provino de la creencia de que se hizo cargo en sus viajes, respecto de un Mediador entre Dios y el hombre que participase de la naturaleza de los dos, creencia difundida por tradición entre los pueblos antiguos de la tierra. Esto no es dudoso (17)". — "Vese por este diálogo dice también el sabio Fouchet, que la *espectación real y verdadera* de la venida de un Doctor universal era *dogma recibido* que no permitía contradicción alguna (18)".

El presentimiento de Confucio

¿Cómo dudar de ello, cuando vemos al antípoda de Platón, en China, a Confucio profesar esta misma creencia?

En efecto, leemos en los libros de moral de este filósofo, "que debía ser enviado del cielo un SANTO, el cual sabría todas las cosas y tendría todo poder en el cielo y en la tierra (*data est mihi omnis potestas in caelo et super terram*) (19)" San Mateo, XXVIII, 18).

En mis *Estudios* he puesto documentos al abrigo de toda sospecha, aducidos y comprobados por el sabio investigador de las antigüedades chinas, M. Abel Remusat, que determinan y fijan esta creencia no solamente respecto de este VERDADERO SANTO, comparado con el cual a ningún otro podría dársele este nombre, sino respecto de la región y del tiempo donde debía aparecer, y que son exactamente los

(14) Este sentimiento reiterado de amor hacia el hombre, expresado aquí en presente y atribuido al que debe venir, es digno de notarse nuevamente. Porque designa de un modo enteramente extraño al paganismo el Dios de caridad; a este Dios que se anunciaba a sí el mismo por boca de Jeremías: "Te he amado con un amor eterno, y por eso te he atraído a la piedad que he tenido por ti". (Cap. XXXI, 3.)

(15) *Timeo*.

(16) Epístola VI

(17) Bruker, *Hist. crit. filos.*, part. I, t. II, p. 434.

(18) *Memorias de la Academia de Inscripciones*, t. LXXI, p. 147, nota.

(19) *Moral*, de Confucio, n. 196.

mismos en que apareció JESUCRISTO. "Es indudable que esta creencia se difundió en China, dice M. Abel Remusat, desde el siglo VI antes de la era vulgar, como remontándose a tres mil años (20)".

Démonos, pues, la satisfacción, aunque sea superflua, de reproducir uno de esos documentos, citado por el eminente orientalista en su traducción del *Invariable Medio*. Es un tratado de la religión musulmana, escrito en chino, donde se lee lo siguiente:

"El ministro Phi consultó a Confucio, y le dijo: ¡Oh maestro! ¿No sois un hombre santo? El respondió: por mucho que me esfuerzo, no me recuerda mi memoria a nadie que sea digno de ese nombre. Pero, replicó el ministro, ¿no han sido santos los tres reyes? Los tres reyes, respondió Confucio, han mostrado una prudencia suma e ilustrada y de fuerza invencible; pero yo, *Kieu*, no sé si han sido santos. El ministro repuso: ¿No han sido santos los cinco señores? los cinco señores dijo Confucio, han procedido con una caridad divina y una justicia inalterable; pero yo, *Kieu*, no sé si han sido santos. El ministro le preguntó todavía: ¿No han sido santos los tres Augustos? Los tres Augustos, respondió Confucio, han podido hacer buen uso de su tiempo; pero yo, *Kieu*, ignoro si han sido santos. El ministro, sorprendido al oírle le dijo por fin: Siendo así, ¿a quién se puede llamar santo?... Confucio respondió conmovido: Yo, *Kieu*, he oído decir que en las comarcas OCCIDENTALES habría un HOMBRE SANTO, que sin ejercer acto alguno de gobierno, preveniría las turbulencias; que sin hablar palabra, inspiraría una fe espontánea; que, sin verificar cambio alguno, PRODUCIRIA UN OCEANO DE ACCIONES MERITORIAS. Mortal alguno puede decir su nombre; pero yo, *Kieu*, he oído decir que este sería el VERDADERO SANTO (21)". (...)

La expectación de todos los pueblos por un salvador

"Desde tiempo inmemorial era una máxima entre los indios y los chinos, ha dicho Voltaire, que el sabio vendría del Occidente. La Europa por el contrario, decía que el sabio vendría del Oriente. — "Después, Voltaire cree salir de este compromiso añadiendo: "Todas las naciones han necesitado siempre un sabio (22)".

(20) *El Invariable Medio*, págs. 143, 158, 159, 160.

(21) *El Invariable Medio*, nota págs. 144 y 145.

(22) Adición a la historia general, pág. 15, edit. de 1763.

Volney, más grave y formal, se limita a decir: "Las tradiciones sagradas y mitológicas (de acuerdo en esto, no obstante su divergencia en todo lo demás) habían difundido en todo el Asia (y no menos en Europa y en América) la creencia de un gran Mediador que debía venir, — de un Juez final, — de un Salvador futuro, — Rey, — Dios conquistador y Legislador, — que volvería a traer la edad de oro sobre la tierra y libraría a los hombres del espíritu del mal (23)".

Boulanger, que se había abismado tenazmente en las profundidades de la antigüedad, con un espíritu de hostilidad declarada contra el cristianismo nos envía de los pozos de su erudición, esta declaración:

...

"Los hebreos esperaban bien sea un conquistador, bien un ser indefinible, dichoso o desgraciado, y todavía lo están esperando... El oráculo de Delfos, como se ve en Plutarco, era depositario de una antigua y secreta profecía sobre el nacimiento de un hijo de Apolo, que traería el reinado futuro de la justicia; y todo el paganismo griego y egipcio tenía multitud de oráculos que no comprendía, pero todos los cuales revelaban de igual manera esta quimera universal. Ella era la que daba ocasión a la loca vanidad de tantos reyes y príncipes como pretendían pasar por hijos de Júpiter. — Las demás naciones de la tierra no han dado menos en estas extrañas visiones: Los chinos esperan un *Phelo*; los japoneses un *Seyrum* y un *Cambadoxi*; los siameses un *Sommona-Codon*. — Todos los americanos esperaban por la parte de Oriente, que podría llamarse el POLO DE LA ESPERANZA DE TODAS LAS NACIONES (24) a los hijos del Sol; y los mejicanos especialmente esperaban a uno de sus antiguos reyes, que debía volver a verles por el lado de la Aurora, después de haber dado la vuelta al mundo (25). Finalmente, NO HAY PUEBLO ALGUNO QUE NO HAYA TENIDO SU ESPECTACION DE ESTA ESPECIE (26)".

De la obra *Jesucristo*.

(23) *Las Ruinas o Meditaciones sobre las revoluciones de los Imperios*, pág. 228.

(24) *Ecce vir oriens nomen ejus* (Zach., VI, 12).

Ipa erit expectatio gentium (Genes. XLIX, 10).

(25) Ya hemos visto después por M. Humboldt el carácter hebraico-cristiano de esta creencia.

(26) *La Antigüedad sin velo*, t. II, lib. IV, cap. 11, pág. 369.—*Investigaciones sobre el Origen del Despotismo Oriental*, secc. X, pág. 116.

Este movimiento de inquietud y de curiosidad religiosa que agitaba al mundo, dice Mr. Villemain, llegó hasta la contemplativa inercia de las Indias, y turbó el reposo del Brama. Si hemos de dar crédito al estudio de los monumentos orientales (*Asiatical Research*, tomo I), divulgóse en aquel momento por la India como por la Judea el anuncio de un acontecimiento milagroso. - «Gran número de Gentiles, leemos en el *Talmud* y en otros muchos documentos históricos no sospechosos, acudieron en aquella época a Jerusalén, para ver al Salvador del Mundo». - Monumentos irrecusables nos dan a conocer especialmente, que el emperador entonces reinante en la China, *Ming-ti*, envió diputados expresamente para reconocer al Santo que debía aparecer en Occidente, según antiguas tradiciones.

Jesucristo, Rey universal

"Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado yo. Pídeme y haré de las gentes tu heredad, te daré en posesión los confines de la tierra."

"Podrás regirlos con cetro de hierro, romperlos como vasija de alfarero."

(Ps. II, 8-9).

Complemento de la documentación presentada en nuestro anterior número, bajo el título *Jesucristo, Rey de los judíos*, damos a continuación unos trozos escogidos de la Sagrada Escritura en que Jesucristo es presentado y aclamado también como rey de los gentiles y por tanto del género humano. Tal como allí hicimos se limitará nuestro comentario a la introducción o presentación de los textos; otra cosa sería perturbar su diáfana significación.

Entre los muchos que podríamos presentar, escogeremos principalmente aquellos que se han incorporado a la liturgia de Navidad, Epifanía y su Adviento.

El interés que los mencionados textos poseen en sí viene aumentado por la autoridad que les confiere el hecho de haber sido escogidos por la Iglesia para estas festividades.

En primer lugar presentamos unos fragmentos de Isaías. Las profecías de Isaías ofrecen una visión completa de la Historia tomando por núcleo a Jesucristo:

"Pero sucederá a lo postrero de los tiempos, que el monte (1) de la casa de Yave (2), será confirmado por cabeza de los montes, y será ensalzado sobre los collados, y correrán a él todas las gentes (3).—y vendrán muchedumbres de pueblos, diciendo: "Venid, subamos al monte de Yave, a la casa del Dios de Jacob, y él nos enseñará sus caminos, y nosotros iremos por sus sendas, porque de Sión ha de salir la ley y de Jerusalén la palabra de Yave.—El juzgará a las gentes y dictará sus leyes a numerosos pueblos, y de sus espaldas harán rejas de arado, y de sus lanzas, hoces. No alzarán la espada gente contra gente, ni se ejercitarán en la guerra.—Venid, ¡oh casa de Jacob!, y caminemos a la luz de Yave."

(Is., II, 2-5).

"¡Oídme, islas! (4). ¡Atended, pueblos lejanos! Yave me llamó desde antes de mi nacimiento, desde el seno de mi madre me llamó por mi nombre.—Él hizo mi boca como cortante espada, él me guarda a la sombra de su mano, hizo de mí aguda saeta, y me guardó en su aljaba.—Yo me dije: Por demás he trabajado, en vano y para nada consumí mis fuerzas, pero mi causa está en manos de Yave, mi recompensa en las manos de Dios.—Y ahora dice Yave, el que desde mi nacimiento me formó para siervo suyo, para traer a él a Jacob, para congregarle Israel,—él me ha dicho: "Tu eres mi siervo, en ti seré glorificado.—Yave me ha dado este honor, y él, mi Dios, será mi fuerza.—Díjome: "Poco es para mí ser tú mi siervo, para restablecer las tri-

(1) poder.

(2) El que es.

(3) no judíos (gentiles).

(4) pueblos del Mediterráneo.

"bus de Jacob, y reconducir a los salvados de Israel.—YO TE HAGO LUZ DE LAS GENTES, PARA LLEVAR MI SALVACIÓN HASTA LOS CONFINES DE LA TIERRA.—Así dice Yave, el redentor, el Santo de Israel, al menospreciado y abominado de las gentes, al esclavizado por los tiranos. Veránte los reyes, y se levantarán de sus sitios los príncipes, y se prosternarán, por obra de Yave, que es fiel, del Santo de Israel, que te ha elegido."

(Is. XLIX, 1-7).

"Reuníos, venid, acercaos juntamente, los sobrevivientes de las naciones. No tienen entendimiento los que llevan un ídolo de madera y ruegan a un dios incapaz de salvar.—Hablad, exponed, consultaos unos a otros: ¿Quién predijo estas cosas desde mucho ha, mucho tiempo antes las anunció? No soy yo, Yave, el único, y nadie más que yo?—No hay Dios justo y salvador fuera de mí; *volvéos a mí y seréis salvos, naciones todas de la tierra.*—Porque yo soy Dios, y no hay otro; por mí lo juro, sale la verdad de mi boca y es irrevocable mi palabra. Doblaráse ante mí toda rodilla, y por mí jurará toda lengua.—De mí dirán: Ciertamente sólo en Yave hay justicia y fuerza. A él vendrán cubiertos de ignominia todos cuantos se agitan contra él.—En Yave será justificada y glorificada toda la progenie de Israel."

(Is. XLV, 20-25).

"Así habla el Señor, Yave: *Yo tenderé mi mano a las gentes, y alzaré mi bandera a las naciones, y traerán en brazos a tus hijos, y en hombros a tus hijas.*—Reyes serán tus ayos, y reinas tus nodrizas; postrados ante ti, rostro a tierra, lamerán el polvo de tus pies. Y reconocerás que yo soy Yave, y que el que en mí confía no es confundido."

(Is. XLIX, 22-23).

Terminamos estos fragmentos de Isaías con el grandioso poema que dedica a la Nueva Jerusalén y que se lee en la misa de la Epifanía.

Levántate y resplandece que ya se alza tu luz, y la gloria de Yave alborea para tí; —mientras está cubierta de sombras la tierra, y los pueblos yacen en tinieblas, sobre ti viene la aurora de Yave, y en ti se manifiesta su gloria.—Las gentes

andarán en tu luz, y los reyes a la claridad de tu aurora.—Alza los ojos y mira en torno tuyo. Todos se reúnen y vienen a ti; llegan de lejos tus hijos, y tus hijas son traídas a ancas.—

Cuando esto veas resplandecerás, y palpitará tu corazón y se ensanchará. Vendrán a ti los tesoros del mar, llegarán a ti los tesoros de los pueblos.—Te inundarán muchedumbres de camellos, de dromedarios de Madián y de Efa. Llegarán de Saba en tropel, trayendo oro, incienso y pregonando las glorias de Yave.—En ti se reunirán los ganados de Cedar, y los carneros de Nebayot estarán a tu disposición. Serán víctimas gratas sobre mi altar, y yo glorificaré la casa de mi gloria.

—¿Quiénes son aquellos que vienen volando, como nube, como bandadas de palomas que vuelan a su palomar?—Sí, se

reúnen las aves para mí, y los navíos de Tarsis abren la marcha, para traer de lejos a tus hijos con su oro y su plata, para el nombre de Yave, tu Dios, para el Santo de Israel que te glorifica.—

Los extranjeros reedificarán tus muros, y sus reyes estarán a tu servicio, pues si en mi ira te herí, en mi clemencia he tenido piedad de ti.—Tus puertas estarán abiertas siempre no se cerrarán ni de día ni de noche, para que te traigan los bienes de las gentes con los reyes al frente;—porque las naciones y los reinos que no te sirvan a tí, perecerán y serán exterminados.

(Is. LX, 1-12).

El Rey Mesías

Escogemos y transcribimos unos fragmentos muy significativos de entre los Salmos mesiánicos:

Prostraránse ante Él todos los reyes

Dominará de mar a mar, desde el río hasta los cabos de la tierra.

Ante él se inclinarán los habitantes del desierto, y sus enemigos morderán el polvo.

Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecerán sus dones, y los reyes de Seba y de Saba le pagarán tributo.

Prostraránse ante él todos los reyes y le servirán todos los pueblos.

Porque protegerá al desvalido que le implora y al oprimido que no tiene quien le ayude.

Tendrá misericordia del pobre y del menesteroso, y defenderá la vida de los pobres.

Rescatará su vida de la opresión y de la violencia, y será preciosa su sangre a sus ojos.

Y hará que viva, y le dará parte del oro de Seba; y ellos elevarán de continuo preces por él, y todo el día le bendecirán.

Habrà abundancia de trigo así en el llano como en la cima de los montes. Ondularán las mieses como el Líbano, y florecerán las ciudades como la hierba de la tierra.

Será eterno su nombre, durará mientras dure el sol, y le

bendecirán todas las gentes, todas las naciones le aclamarán bienaventurado.

(Ps. 72, 8-17). (Vulg. 71).

Gloria del Señor en su Santo Monte

¡Dios reina! ¡Temán los pueblos! Se asienta sobre los querubines, tiembla la tierra.

Grande es Dios en Sión, excelso sobre todos los pueblos. Alabado sea tu grande y terrible nombre. Es santo.

Alabad el poderío del rey que ama la justicia. Tú estableciste las normas de la rectitud, tú hiciste en Jacob juicio y justicia.

Ensalzad a Yave, nuestro Dios, y postraos ante el escabel de sus pies: es santo.

Moisés y Aarón están entre sus sacerdotes. Samuel, con los que invocan su nombre. Invocaban a Yave y él los oía.

Les hablaba en columna de nube, y guardaron sus testimonios y la ley que les dió.

¡Oh, Yave, Dios nuestro! Tú los oías y fuiste con ellos indulgente, aunque castigaste sus pecados.

Ensalzad a Yave, nuestro Dios, y postraos ante su monte santo, porque santo es Yave, nuestro Dios.

(Ps. 99, 1-9). (Vulg. 98).

A continuación otros textos igualmente llenos de sentido, extraídos de diversos pasajes de la Sagrada escritura.

Y su Imperio nunca desaparecerá

Fuèle dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron y su dominio es dominio eterno que no acabará nunca, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá.

(Dan. VII, 14).

A Él la Gloria y el Poder

El que nos ama, y nos ha absuelto de nuestros pecados por la virtud de su sangre, y nos ha hecho un reino y sacerdotes de Dios, su Padre. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos, amén.

(Apoc. I, 6).

...que decían a grandes voces: Digno es el Cordero, que

ha sido degollado, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición.

(Apoc. V, 12).

Se alza soberanamente sobre todo

Tuya es, ¡oh Yave!, la majestad, el poder, la gloria y la victoria; tuyo el honor, y tuyo cuanto hay en los cielos y en la tierra. Tuyo, ¡oh Yave!, es el reino; tú te alzas soberanamente sobre todo.—Por eso, Dios nuestro, nosotros te confesamos, y alabamos tu santo nombre.

(Par. 29, 11, 13).

...porque al nombre de Jesús doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos—y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre.

(Phil. II, 10-11).

La época de Tiberio

Por G. MARAÑÓN



Tiberio

La angustia del mundo antiguo

Todo, hasta aquello tan insignificante como el correr de mi pluma, tiene un sentido providencial. Así ha de considerarse el hecho de que haya aparecido una nueva Historia de Tiberio precisamente en el año en que se iniciaba la gran revolución que, con el pretexto de una guerra, va a cambiar el mundo. Tiberio y su época representaban la hora del hundimiento del mundo pagano y de la aparición del mundo cristiano. Entre la caída de los dioses y la aparición de Dios en la conciencia universal, transcurrieron muchos años de devastación peor que la que traen las guerras y las catástrofes: la devastación de las almas. Los hombres sabían que los ídolos a los que se asían en las horas de angustia, habían muerto; y aun no sabían a qué nuevos poderes sobrehumanos se podrían asir. De aquí la sombría desolación de una humanidad cuyo representante patético fué el emperador Tiberio.

Después, cada vez que el suelo falla y no sabemos dónde se posará nuestro pie en el siguiente paso, volvemos los ojos a la Historia; y el ejemplo del César angustiado de resentimiento, resucita.

Así ocurrió en los días finales de la Edad Media, cuando el mundo creyó oír las trompetas del Juicio Final. Y en los últimos decenios del siglo XVIII, en que se hundían tantas cosas que se creyeron incommovibles y se soñaba en otras que parecían dotadas de mágico poder.

Ahora, igualmente, los ideales de las generaciones pasadas, casi los de algunas generaciones que viven aún yacen por el suelo con el vientre vacío y no sabemos de dónde, el futuro, nacerá. Acaso el dolor de hoy es más profundo que el de otras veces; porque la amargura de las últimas desilusiones —la Razón, la Ciencia, la Libertad— impregna y esteriliza todavía la tierra donde hay que sembrar la semilla nueva.

Y en el gran escenario del pasado, surge otra vez Tiberio, encorvado y errante, con un mundo vacío, que es el que más pesa, sobre sus espaldas; sin saber dónde lo va a tirar.

Pero ahora también, como siempre, se anuncia la aurora, que parece nueva y es la aurora eterna.

París, 1941.

Muere el Ave Fénix

La pasión del resentimiento que hemos comentado en este libro explica la doble personalidad de Tiberio ante la Historia y la explosión final de su crueldad, tal vez superada por otros tiranos, pero pocas veces más odiosa que la suya. Tiberio fué un hombre de pasión. Esta pasión —el resentimiento— es la que da el acento anormal de su vida, y es el origen de su leyenda. Leyenda merecida, y, por lo tanto, Historia también.

Pero la pasión sola no explica toda la patética magnitud de la angustia que escapa de su vida y de toda la época de su reinado. Todo, en su tiempo, está impregnado de una ansiedad extrahumana que vaga por el ambiente de Roma, y de la que era el César como su trágica encarnación.

Aquella civilización magnífica, de la que aún se nutre la civilización actual, tenía podridas las raíces y, la conciencia confusa de la muchedumbre se daba cuenta —tal vez como ahora— que a los esplendores materiales les faltaba el eje inflexible de la ética. Se adivina, bajo el relato de los hechos gloriosos, que aquellos hombres presentían, con estupor y con inquietud, que algo más importante que el andamiaje político del Imperio, todavía robusto, se deshacía bajo sus pies.

Las almas tenían sed de una fuente nueva; y nadie sabía dónde estaba. A veces, un relámpago anunciaba la luz, lejana todavía. Séneca hablaba con acentos que parecían presentir el mundo de las almas nuevas. Muchos hombres, ganados por un influjo extraño, empezaban a sentir que el espíritu tenía privilegios inmortales que escapaban al poder omnívoro de los Césares; que el dolor material podía ser una gloria; la pobreza una jerarquía; y la muerte, una liberación. Pero faltaba la doctrina nueva, que poco a poco se infiltraba hasta en las almas más inaccesibles —con esa sensibilidad inesperada al contagio que caracteriza a los días en que va a cambiar por completo el rumbo de la Historia—, algo que nadie podía definir. Y lo que faltaba por decir era una cosa elemental: sencillamente, que todos los hombres son iguales y hermanos.

Detrás del imperio omnipotente se presentía el vacío. Por los resquicios de aquella moral romana, que se creyó un patrón insuperado, se oía ya la podredumbre, blanqueada por fuera.



Augusto

Tácito —el verbo de esta época y, por lo tanto, de esta angustia— nos cuenta que, bajo el consulado de Paulo Fabio y de L. Vitelio ocurrió el suceso más extraordinario del siglo. Los historiadores apenas han reparado en él porque no se trata de una batalla, sino de un prodigio. Pero, los prodigios son también Historia, y muchas veces los rectores de la Historia.

Con insuperable retórica lo refiere Tácito. Fué que, después de un largo período de siglos, volvió a aparecer en Egipto el Ave Fénix. Una profunda severidad se advierte en la página en que el gran historiador nos describe el milagroso pájaro. No se parecía, ni por su forma ni por su plumaje, a los demás. Su vida era multiseccular. Cuando iba a morir, comunicaba a su nido un principio fecundo; y de este nido nacía su sucesor, sin la intervención impura del material acoplamiento. El hijo estaba desde sus primeros aleteos infuso de prudencia. Todos sus cuidados eran para honrar la gloria del padre. Cargado de mirra, ensayaba largos vuelos hasta estar seguro de su vigor; y entonces tomaba sobre sí los restos paternos y volaba hacia el infinito hasta el sol, en cuyo altar los quemaba. "Hay mucho de incierto —termina Tácito— en estos relatos. Hay una parte de fábula en ellos que se mezcla con la verdad. Pero nadie duda que el Ave Fénix existe y que muy de tarde en tarde aparece entre los hombres".

Mas el Ave Fénix no volvió a aparecer jamás después de

este año que fué, precisamente, el 34 después del nacimiento de Cristo.

El Ave Fénix no era estrictamente una fábula, sino la forma fabulosa que tomaba en la mente precristiana de los hombres su sed eterna de inmortalidad. Alrededor de aquel año, el mundo civilizado sintió confusamente que esa sed era tan grande que se convirtió en una angustia. La muchedumbre no supo lo que había pasado; pero, sin duda, algo maravilloso sucedió. Los doctos hablaron del Ave Fénix. Tiberio, el escéptico, no creía en los mitos. Acaso cruzó, como una luz pagana, por la oscuridad de su alma, el eco de una voz sobrehumana, distinta de los tristes apólogos paganos; pero no supo de dónde venía. Oyó hablar de Cristo, y su nombre se borró, apenas pronunciado, de su memoria. Tuvo la verdad más cerca que ningún otro romano y no la pudo conocer.

En alguna de sus rondas, en torno de Roma, tal vez leyera distraído el informe que su gobernador de Judea le daba, de que un hombre que se llamaba Hijo de Dios había sido condenado a la Cruz. Una más, pensaría el taciturno viejo, de las infinitas que se alzaban por los caminos del Imperio. Quizá allí cerca estaban, todavía en pie, las que él hizo elevar cuando sacrificó, unos años antes, los sacerdotes de Isis.

Ni él ni nadie supo en Roma, hasta mucho tiempo después, que el Ave Fénix había muerto para siempre, y que la Cruz de Judea era inmortal.

(De la obra *Tiberio*)

Jesucristo, principio para el hombre de progreso ilimitado

Por *Enrique RAMIÈRE, S. J.*

Si nuestro destino es el de llegar a la semejanza con Jesucristo por la inteligencia, la voluntad y por todas las potencias de nuestra alma, por los mismos sentidos corporales y por nuestras relaciones con nuestros semejantes y con la naturaleza; y si para el cumplimiento de esta misión tenemos la gracia omnipotente de Jesucristo, ¿qué progreso intelectual, moral, social, artístico, e incluso industrial y material no vendrá facilitado por el cumplimiento fiel de tan gloriosa misión?

Por el contrario, fuera de Jesucristo, ¿a quién no se le alcanza que estos diversos progresos nos serán tanto más difíciles cuanto más importantes y más conformes sean a la divina dignidad de nuestra naturaleza? El progreso moral será más difícil que el científico, el progreso científico que el artístico, el progreso artístico que el industrial. Y no sólo los elementos del progreso humano irán en decadencia, en proporción a su elevación en dignidad, sino que se contrapondrán y destruirán mutuamente. El progreso material, el más innoble entre todos, acarreará infaliblemente la decadencia moral; el hombre perderá en cuanto a espíritu todo lo que gane sobre la naturaleza física, y aun los enemigos de Jesucristo se verán obligados a deplorar tal degradación, cuya causa principal está en su hostilidad hacia el Hombre-Dios.

En cuanto abandonamos este divino mediador, perdemos toda condición de progreso; entramos en desacuerdo sobre el fin a que tendemos y sobre el camino a seguir. Proyectando teorías sobre el progreso, malgastamos el tiempo que debíamos emplear en realizarlo. Discutimos sobre tan vanas especulaciones en lugar de ayudarnos mutuamente para una acción fecunda, y nos vamos alejando del verdadero progreso a medida que insistimos en nombrarlo continuamente. ¡Insensatos de nosotros! Nos obstinamos en buscar en la región de los sueños lo que desde hace diez y ocho siglos nos envió Dios desde el cielo.

Es preciso confesarlo; entre todos los elementos desagradables que nos presenta la pobre humanidad, ningún otro repugnará tanto a las almas rectas y generosas como la impúdica locura de quienes hacen guerra a Jesucristo en nombre de la naturaleza humana y del progreso. ¿Cómo defender los derechos del progreso humano contra el que dijo a los

hombres: "Sed perfectos como vuestro padre celestial es perfecto"! ¡Contra quien nos ha prometido hacernos dueños de nosotros mismos, del mundo y de la naturaleza, y que ciertamente ha cumplido de modo glorioso su promesa en cuantos han querido aceptarla seriamente! ¡Contra este Hombre-Dios, quien al encaminarse hacia la gloria eterna por el camino de la más heroica virtud, nos ha invitado a todos a seguirle y nos ha asegurado que una vez fuéramos vencedores nos sentaría en su trono! ¡Defender la dignidad de la naturaleza humana contra este Hombre-Dios en quien ha sido verdadera y eternamente divinizada!

Y ¿qué ofrecen a esta naturaleza los que de tal modo se dicen sus protectores, qué le ofrecen en cambio a tales destinos divinos de que le privan? ¿Qué le ofrecen en lugar de esta bienaventurada unidad que había hallado en Jesucristo? ¡Ah! esto lo sabemos: no va a sernos difícil medir las conquistas de estos potentes genios y de pesar lo que han añadido a la herencia innoble de sueños, dudas, contradicciones e ignominias que les legó el paganismo. Con algún progreso industrial, que en ninguna manera es fruto de sus teorías, y que estas mismas teorías deben convertir en funesto, el término que nos proponen nuestros modernos preconizadores del progreso, no es otra cosa que el puro paganismo, con sus sistemas contradictorios para uso de los filósofos y su grosero materialismo para el vulgo en general. Pretenden hacernos progresar haciéndonos retroceder diez y nueve siglos y se proponen librarnos de la servitud de la fe, haciéndonos descender de los esplendores de la certeza a las tinieblas de la duda y de las serenas regiones del espíritu al barro de los intereses materiales.

Y hace ya cosa de un siglo que la sociedad les atiende y les sacrifica cuanto en el transcurso de diez y ocho siglos hizo su fuerza, unión y felicidad. No, es preciso repetirlo, no hay en este mundo espectáculo más desagradable. Aun el mismo vicio, en sus más brutales excesos no es más indignante que este cálculo para arrancar de la humanidad todas sus glorias e impedir la efusión de bondades divinas que, sin tan criminales resistencias, habrían ya, hace tiempo, inundado el mundo.

(De "Les Espérances de l'Eglise").

Discurso de Su Santidad el Papa Pío XII al Sagrado Colegio Cardenalicio

(TEXTO ÍNTEGRO)

“Durante los últimos seis años, todos nosotros, venerables hermanos y amados hijos, hemos tenido que saborear en esta vigilia de la Navidad del Señor un amargo contraste entre los sentimientos de santa alegría y de fraterna unión que la amable fiesta de Navidad infunde en los ánimos y los tristes rencores y las ansias de venganza que imperan en el mundo; entre los suaves aceros del “Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus” y las voces discordantes de odio en el fragor de una guerra fratricida; entre la dulce claridad de Belén y el siniestro resplandor de los incendios; entre el suave esplendor que irradia el rostro del divino Niño y el estigma de Caín, que permanecerá impreso todavía por mucho tiempo en la frente de nuestro siglo.

Por eso, ¡qué suspiro de consuelo brotó de todos nuestros pechos al anunciarse que el sangriento conflicto había tenido fin, primero en Europa y después en Asia! ¡Cuántas fervientes súplicas habían subido al trono del Altísimo en aquellos largos años de lucha, pidiendo que abreviase los días de aflicción y detuviese la mano de los ángeles, que llevan la copa de la ira divina por los pecados del mundo! Ahora, por vez primera, por la misericordia divina, celebrará de nuevo la familia humana una fiesta de Navidad en la que los terrores de la guerra en la tierra, en el mar y sobre todo en el aire no llenarán ya tantos corazones de temor ni de angustia mortal. Por este cambio de circunstancias demos todos humildemente gracias al Señor omnipotente.

¿La paz de la tierra? ¿La verdadera paz? No; sino únicamente la postguerra, de expresión dolorosa y aun demasiado significativa. ¡Cuánto tiempo será menester para curar el malestar material y moral, cuántos esfuerzos para cicatrizar tantas llagas! Ayer se sembraron destrucciones, calamidades y miserias sobre territorios inmensos, y hoy, que se trata de reconstruir, los hombres comienzan apenas a darse cuenta de cuánta perspicacia y sagacidad, cuánta rectitud y buena voluntad son necesarias para conducir nuevamente un mundo de devastaciones y ruinas físicas y espirituales al derecho, al orden y a la paz. Así, también estas Navidades siguen siendo tiempo de expectación, de esperanza y de oración al Hijo de Dios hecho Hombre, para que El, que es “Rex pacificus cuius vultum desiderat universa terra” (antífona primera en las primeras vísperas de Navidad), dé al mundo su paz.

El próximo Consistorio y sus características

Como ha sido ya anunciado, por primera vez desde que el Señor, no obstante nuestra indignidad, quiso elevarnos al supremo pontificado, vamos con la gracia de Dios a crear los nuevos miembros del Sagrado Colegio. En nuestro discurso de Navidad del año pasado aludimos a las graves y múltiples dificultades que por desgracia nos habían impedido hasta entonces proveer las no pocas vacantes tristemente producidas en la curia romana. ¡Cuán agradable será, pues, para Nos vernos aquí en fecha pró-

xima rodeado de un número tan considerable de nuevos Cardenales, que por sus insignes virtudes y señalados méritos nos han parecido particularmente dignos de ser elevados a la dignidad sagrada de la púrpura! Este acontecimiento excepcional merece, a nuestro juicio, algunas especiales consideraciones que lo ilustren.

A) En cuanto al número de futuros Cardenales

Observaremos ante todo que, con esta promoción, el Sagrado Colegio estará completo. Sabido es que nuestro predecesor de feliz memoria Sixto V, en su constitución “Postquam verus”, del 3 de diciembre de 1586, después de haber hecho notar que en los tiempos antiguos había sido demasiado reducido el Sagrado Colegio y que, por el contrario, en tiempos más recientes demasiado numeroso, fijó en setenta el número de Cardenales, a semejanza de los setenta ancianos de Israel (Cfr. Exodo, cap. XXIV, vers. 1-9). Y prohibió con severísimas cláusulas que por ningún motivo, por urgentísimo que fuese, se sobrepasara este número. Sin duda que estas disposiciones no habrían impedido a los Romanos Pontífices que le sucedieron aumentar el número o disminuirlo si lo hubieran juzgado necesario; pero no consta, sin embargo, que ninguno de ellos haya derogado aquella ley, la cual, por otra parte, ha tenido explícita confirmación en el Canon 231 del Código de Derecho Canónico.

El Sagrado Colegio, con su número de setenta Cardenales, se halla bastante frecuentemente completo en los siglos XVII y XVIII, pero jamás en el siglo XIX y hasta en el siglo XX. Para citar un sólo ejemplo, recordaremos el Consistorio secreto de 17 de mayo de 1706, en el que Clemente XI quiso crear tantos Cardenales, o sean veinte, cuantos faltaban para formar el número de setenta: “Creare intendimus eos omnes, nempe viginti, qui ad septuagenarium vestrum numerum complendum in praesens desunt cardinales” (Clemente XI, Orationes Consistoriales, Romae, 1722, pág. 32), y habiendo uno de los recién nombrados, Gabriel Filippucci, renunciado a tan eminente dignidad, Clemente XI, en el siguiente Consistorio del 7 de junio de aquel mismo año, a la vez que aceptaba esta renuncia, nombró inmediatamente para el puesto vacante a Miguel Angel Conti, que fué después su inmediato sucesor con el nombre de Inocencio XIII (ob. cit., página 38). Nos hemos querido volver a aquella antigua costumbre de los miembros del Sagrado Colegio y al mismo tiempo respetar el límite impuesto por Sixto V. Sentimos que el querer atenernos a este límite nos haya impedido incluir en esta nuestra primera creación otros no pocos Prelados y religiosos, en especial de la curia y clero romanos, los cuales, sobre todo por sus prolongados servicios en pro de la Santa Sede, hubieran sido también merecedores de esa dignidad.

Y tanto más nos ha parecido conveniente no sobrepasar aquel límite cuanto que nunca se ha creado un número tan grande de Cardenales a saber, 32, en el mismo Consistorio. Las dos mayores creaciones, hasta ahora, tuvieron lugar en el Pontificado de

A LA LUZ DEL VATICANO

León X y Pío VII, quienes en un solo Consistorio crearon 31 Cardenales. Pues León X, aunque en el Consistorio del 26 de junio de 1517 había manifestado su propósito de nombrar 27 Cardenales, en el sucesivo del primero de julio de aquel mismo año creó 31 (Archivo Consistorial, Acta Vicecancellarii, 2, folios 39-40); y Pío VII, después de su vuelta a la urbe, habiendo dirigido sus cuidados al Sagrado Colegio, muy disminuído en el número por los acerbísimos acontecimientos de aquel tiempo, en el Consistorio secreto del 8 de marzo de 1816 creó igualmente 31 Cardenales, de los que, sin embargo, no publicó sino 21, reservando otros 10 "in pectore" (Cfr. Pío VII, Allocutio habita in Cons. secr. die octava martii 1816).

B) En cuanto a la nación a que pertenecen

Otra característica de esta creación será la variedad de naciones a que pertenecen los futuros Cardenales, pues hemos tenido empeño en que esté representado el mayor número posible de estirpes y pueblos y que sea, por consiguiente, la viva imagen de la universalidad de la Iglesia. De este modo, así como hemos visto durante nuestro pontificado confluír a la eterna ciudad, no obstante la guerra, y más aún como consecuencia de la guerra, hombres de todas las naciones y de las más remotas regiones, de la misma manera tendremos también, ahora que ha cesado el conflicto mundial, el consuelo de ver, si Dios quiere, afluir a nuestro derredor a los nuevos miembros del Sagrado Colegio, provenientes de las cinco partes del mundo. Roma aparecerá de esta suerte verdaderamente como la ciudad eterna, la ciudad universal, la ciudad "caput mundi", la "urbs" por excelencia, la ciudad de la que todos son ciudadanos, ciudad sede del Vicario de Cristo, hacia donde se dirigen las miradas de todo el mundo católico; ni quedará por ello defraudada Italia, la tierra bendita que acoge en su seno a esta Roma, sino que más bien resplandecerá a los ojos de todos los pueblos como partícipe de esta grandeza y universalidad.

La supranacionalidad de la Iglesia

La Iglesia católica, de la cual la urbe es centro, por su misma esencia es supranacional. Esto tiene un doble sentido: negativo y positivo. La Iglesia es la madre—"sancta mater Ecclesia"—, una verdadera madre, madre de todas las naciones y todos los pueblos, no menos que de todos y cada uno de los hombres; y precisamente por ser madre no pertenece ni puede pertenecer a este o aquel pueblo, ni tampoco a un pueblo más ni a otro menos, sino a todos igualmente. Es madre y, por consiguiente, no puede ser extranjera en ninguna parte. Vive, o, al menos, por razón de su naturaleza, debe vivir en todos los pueblos; y, además, mientras la madre con su esposo y sus hijos, forma una familia la Iglesia, en virtud de una incomparablemente más estrecha unión, constituye lo que es más y mejor que una familia: el Cuerpo Místico de Jesucristo. La Iglesia es, por lo tanto, supranacional, porque es un todo indivisible y universal.

Indivisible unidad de la Iglesia

La Iglesia es un todo indivisible, porque Jesucristo, con su Iglesia, es uno e indivisible. Jesucristo, como cabeza de la Iglesia, es, para servirnos de un profundo pensamiento de San Agustín (sermón 341, c. I; Migne, P., tomo 39; col. 1943), "totus Christus", Jesucristo entero. Esta integridad de Jesucristo, según el santo doctor, significa la indivisible unidad de la cabeza y del cuerpo, "in plenitudine Ecclesiae", en aquella plenitud de vida de la Iglesia que une todas las zonas y todos

los tiempos de la Humanidad redimida, sin excepción alguna. Establecida firmemente con tan profunda raíz, la Iglesia, hallándose como se halla en medio de toda la historia del género humano, en un campo agitado y revuelto de energías divergentes y de opuestas tendencias, aunque expuesta a todos los asaltos dirigidos contra su indivisible integridad, está tan lejos de ser por ellos sacudida, que de su propia vida de integridad y de unidad irradia y difunde siempre nuevas fuerzas sanadoras y unificadoras en una humanidad lacerada y dividida, fuerzas de unificante gracia divina, fuerzas del espíritu unificante, del que todos tienen tanta hambre; verdades que siempre y en todas partes valen, ideales que siempre y en todas partes arden. Por lo dicho se ve que era y es un sacrilego atentado contra el "totus Christus", Jesucristo en su integridad, y al mismo tiempo un golpe nefasto contra la unidad del género humano, el haber pretendido o pretender hacer a la Iglesia como prisionera o esclava de este o aquel pueblo particular y confinarla en los estrechos límites de una nación o también desterrarla. Este desmembramiento de la integridad de la Iglesia ha disminuído y disminuye tanto más cuanto por más tiempo se prolonga en los pueblos que son víctimas en el bien de su efectiva y plena vida. Pero el individualismo nacional y estatal de los últimos siglos no ha pretendido solamente vulnerar la integridad de la Iglesia, debilitar y obstaculizar sus fuerzas aunadoras y unificadoras, aquellas mismas fuerzas que tuvieron en otro tiempo una parte esencial en la formación de la unidad del occidente europeo. Un liberalismo anticuado quiso, sin la Iglesia y contra ella, crear la unidad mediante la cultura laica y un humanismo secularizado.

Acá y allá, como fruto de su acción disolvente y al mismo tiempo como enemigo, le sucedió el totalitarismo. En una palabra, ¿cuál fué, después de poco más de un siglo, el resultado de todos aquellos esfuerzos sin Iglesia y muchas veces contra ella? La tumba de la santa libertad humana; las organizaciones forzadas; un mundo que en brutalidad y barbarie, en destrucciones y ruinas, pero, sobre todo, en funesta desunión y en falta de seguridad, no había conocido otro igual. En un tiempo turbulento como es todavía el nuestro, la Iglesia, por su bien propio y el de la Humanidad, debe procurar por todos los medios hacer valer su indivisible e indivisa integridad. Ella tiene que ser, hoy más que nunca, supranacional. Este espíritu debe penetrar e imbuir a su cabeza visible, al Sagrado Colegio, a toda la acción de la Santa Sede, sobre la que ahora gravitan importantes deberes relacionados no sólo con el presente, sino aun más con el porvenir.

Aquí se trata principalmente de un hecho del espíritu, de tener el sentimiento justo de esta supranacionalidad y no de medirla o determinarla con proporciones matemáticas o a base de estadísticas rigurosas sobre la nacionalidad de cada una de las personas. En los largos períodos de tiempo en que por disposición de la providencia, la nación italiana más que otras, ha dado : la Iglesia su cabeza y muchos colaboradores al gobierno central de la Santa Sede, la Iglesia en su conjunto ha conservado siempre intacto su carácter supranacional. Más aún, precisamente por esta vía, no pocas circunstancias han contribuído a preservarla de peligros, que de otra manera se hubiese podido hacer sentir más.

Para citar un ejemplo recordaremos las batallas reñidas en los siglos pasados por la hegemonía de los estados nacionales europeos y de las grandes dinastías. Aun después de la conciliación entre la Iglesia y el Estado, mediante los tratados de Letrán, el clero italiano en su conjunto y sin ningún perjuicio del natural y legítimo amor de la patria ha continuado siendo fiel sostén y patrocinador de la supranacionalidad de la Iglesia. Nos descaamos y pedimos que así permanezca, sobre todo el clero joven, en Italia y en todo el orbe católico; de todos modos, las delicadas circunstancias presentes exigen particular cuidado y tutela de aquella supranacionalidad e indivisible unidad de la Iglesia.

Universalidad de la Iglesia

Es supranacional porque abraza con un mismo amor a todas las naciones y a todos los pueblos, y tiene este carácter porque, como ya hemos indicado, en ninguna parte es extranjera. Vive y se desarrolla en todos los países del mundo, y en todos estos países, a su vez, contribuye a su vida y a su desarrollo. Tiempo atrás, la vida eclesiástica, en cuanto es visible, crecía lozana preferentemente en los países de la vieja Europa, de donde se difundía, como río majestuoso, a lo que podría llamarse periferia del mundo; hoy, por el contrario, se nota como un intercambio de vida y energías entre todos los miembros del cuerpo místico de Jesucristo sobre la tierra. Y no pocas regiones de otros continentes han sobrepasado desde hace mucho tiempo el período forma misional de su organización eclesiástica: tienen una propia jerarquía que las gobierna y dan a toda la Iglesia los bienes espirituales y materiales, mientras antes únicamente los recibían. ¿Acaso no se revela en este progreso y enriquecimiento de vida sobrenatural y también de vida natural, de humanidad, el verdadero sentido de internacionalidad de la Iglesia? Por razón de esta supranacionalidad no está ella como suspendida en una lejanía inaccesible e intangible por encima de las naciones, sino que así como Jesucristo estuvo en medio de los hombres, así también la Iglesia, en la cual Él continúa viviendo, se encuentra en medio de los pueblos. Como Jesucristo tomó una verdadera naturaleza humana, así también la Iglesia toma en sí la plenitud de todo lo que es genuinamente humano y lo eleva a fuente de fuerza sobrenatural dondequiera y como quiera que lo encuentre.

Así se cumple cada vez más en la Iglesia hoy lo que San Agustín elogiaba en su "Ciudad de Dios". La Iglesia, escribía, "llama de entre todas las gentes a sus ciudadanos y en todas las lenguas reúne su comunidad peregrina sobre la tierra, no preocupándose de lo que es diverso en costumbres de leyes o en instituciones; no rescinde ni destruye nada de eso; antes bien, lo conserva y lo sigue, aun lo que es diverso en diversas naciones y va dirigido al mismo y único fin de paz terrena, si no impide la religión del único, sumo y verdadero Dios". La Iglesia, en su universal integridad, como faro potente, proyecta su haz de luz en estos días de oscuridad por que atravesamos. No menos tenebrosos eran aquellos en los que el gran doctor de Hipona veía que aquel mundo a que tanto amaba comenzaba a hundirse. Aquella luz le confortaba entonces, y a su claror saludaba, como en una visión profética, la nueva aurora de un día más bello. Su amor hacia la Iglesia, que no era otra cosa que su amor a Jesucristo, fué su consuelo y su felicidad. ¡Ojalá que todos aquellos que en el día de hoy, en los dolores y peligros de su patria, sufren penas semejantes a las de San Agustín puedan encontrar como él alivio y sostén en el amor de la Iglesia, de esta morada universal que, en virtud de la promesa divina, perdurará hasta el fin de los tiempos! Por nuestra parte, Nos ansiamos hacer esta misma morada cada vez más sólida, cada vez más habitable para todos sin excepción. Por esto nada queremos omitir de cuanto pueda expresar visiblemente la supranacionalidad de la Iglesia, como señal de su amor a Jesucristo, a quien ella ve y a quien ella sirve en la riqueza de sus miembros esparcidos por el mundo entero.

La obra de la paz

En esta hora en que celebramos el nacimiento de Aquel que vino a reconciliar a los hombres con Dios y entre sí mismos, Nos no podemos dejar de decir una palabra sobre la obra de la paz que las clases dirigentes en el Estado, en la política y en la economía se disponen a edificar. Con una riqueza hasta ahora quizá nunca poseída de experiencia, de buena voluntad, de prudencia política y de potencia organizadora se han iniciado los preparativos para la elaboración de la paz mundial. Jamás, tal

vez desde que el mundo es mundo, los regidores de los Estados se han encontrado frente a una empresa tan vasta y compleja por el número, grandeza y dificultad de las cuestiones que se han de resolver ni tan grave por sus efectos en amplitud y profundidad para bien o para mal, como la de volver a dar actualmente al género humano, después de tres decenios de guerras mundiales, de catástrofes económicas y de empobrecimiento desmesurado, orden, paz y prosperidad. Grandísima y formidable es la responsabilidad de los que se aprestan a realizar una obra tan gigantesca. No es nuestra intención entrar en el examen de las soluciones prácticas que ellos podrán dar a tan arduos problemas; pero creemos, sin embargo, ser propio de nuestro oficio, continuando nuestros precedentes mensajes de Navidad durante la guerra, indicar los presupuestos morales y fundamentales de una paz verdadera y durable. Los reduciremos todos a tres breves consideraciones.

Tres presupuestos fundamentales para una paz durable y verdadera

Primero. La hora presente exige imperiosamente la colaboración, buena voluntad y recíproca confianza de todos los pueblos. Los motivos de odio, venganza, rivalidad, antagonismos de deslealtad y baja competencia deben estar lejos de las discusiones y resoluciones políticas y económicas. ¿Quién es el que decir pueda—añadiremos con la Sagrada Escritura (Proverbios, 29, 10)—"Mi corazón está limpio y puro soy de todo pecado"? Un peso y medida para dar y otro peso y medida para recibir son dos cosas que Dios abomina. Así que quien exige la expiación de culpas, como justo castigo de criminales en razón de sus delitos debe procurar con todo empeño no hacer él mismo lo que condena en los otros como culpa o delito. Quien quiere reparaciones debe pedir las a base del orden moral, del respeto de inviolables derechos de naturaleza, que perduran aun en los que se han rendido sin condiciones en ceder. Quien pide seguridad para el futuro no debe olvidar que a única y verdadera garantía consiste en la propia fuerza interior, o sea en la protección a la familia, los hijos y el trabajo, en el amor fraternal, en la supresión de todo odio, toda persecución o vejación injusta de ciudadanos honrados, en la leal concordia entre Estado y Estado y entre pueblo y pueblo.

Segundo. Para este fin es necesario que en todas partes se renuncie a crear artificialmente con el poder y el dinero una arbitraria censura de juicios unilaterales y de falsas afirmaciones, lo que se ha dado en llamar opinión pública, que mueve el pensamiento y la voluntad de los electores como cañas agitadas por el viento. Dese el debido valor a la verdadera y gran mayoría formada por todos aquellos que viven honrada y tranquilamente de su trabajo en medio de sus familias y quieren cumplir la voluntad divina. A los ojos de todos, estas reclamaciones por confines más favorables, la lucha por los tesoros de la tierra, si no son necesariamente "a priori" inmorales por sí mismas, constituyen siempre un juego peligroso que no se puede afrontar sino con el peligro de ocasionar un mundo de muerte y de ruina. Y ésta es la gran mayoría de buenos padres y madres de familia, que quisieran proteger y defender el porvenir de sus propios hijos contra la pretensión de toda política de pura fuerza, contra los arbitrios del totalismo, del Estado fuerte.

Tercero. ¡La fuerza del Estado totalitario! Cruel y sangrienta ironía. Toda la superficie del globo, roja con la sangre derramada en estos años terribles, proclama muy alto la tiranía de ese Estado. El edificio de la paz descansaría sobre una base amenazada siempre de hundirse si no se pusiese fin a semejante totalitarismo, que reduce al hombre a no ser más que una ficha insignificante en el juego político y un número en los cálculos económicos. Con un trazo de pluma borra él los confines de los Estados; con una decisión perentoria sustrae la economía de un pueblo, que es siempre una parte de toda su vida, a posibilidades naturales; con una mal disimulada crueldad arroja de sus casas

A LA LUZ DEL VATICANO

y de sus tierras a millones de hombres, a centenares y millares de familias, en la más mísera indigencia y desarraiga y arranca una civilización y una cultura a cuya formación habían trabajado enteras generaciones. Ese absolutismo pone también arbitrarios límites a la necesidad y el derecho de emigración y al deseo de colonización. Todo esto constituye un sistema contrario a la dignidad y al bien del género humano. Y, sin embargo, según la ordenación divina, el señor del mundo no es ni la voluntad ni la potencia de fortuitos y mudables grupos de intereses, sino el hombre en medio de la familia y de la sociedad con su trabajo. De esta manera, aquel totalitarismo falla en lo que es única medida del progreso, que es crear siempre mayores y mejores condiciones públicas para que la familia pueda existir y desarrollarse como una unidad económica, jurídica, moral y religiosa. En los confines de cada nación particular, como en el seno de la gran familia de pueblos, el totalitarismo del Estado fuerte es incompatible con una verdadera y sana democracia. Como un peligroso bacilo envenena la comunidad de naciones y la hace incapaz de garantizar la seguridad de cada uno de los pueblos. Representa un continuo peligro de guerra. La futura obra de paz quiere desterrar del mundo todo uso agresivo de la fuerza, toda guerra ofensiva. ¡Quién dejará de saludar de corazón semejantes propósitos y especialmente su eficaz actuación! Pero si esto no ha de ser sólo un magnífico gesto, hay que excluir toda opresión y todo arbitrio, tanto de dentro como de fuera. Frente a este innegable estado de cosas, sólo queda una solución: la vuelta a Dios y al orden establecido por Dios. Cuanto más se levantan los velos sobre el surgir y crecer de las fuerzas que han desencadenado la guerra, tanto más claramente se ve que eran ellas las herederas, portadoras y continuadoras de los errores, de los que un elemento esencial era la despreocupación, la subversión, la negación y el desprecio al pensamiento y a los principios cristianos. Si, pues, aquí está la raíz del mal, sólo queda un remedio: volver al orden puesto por Dios en las relaciones entre Estados y pueblos y volver a un verdadero cristianismo en el Estado y entre los Estados. No se diga que ésta no es política realista. La experiencia había debido enseñar a todos que la política orientada hacia las eternas verdades y las leyes de Dios es la más real y concreta de todas las políticas. Los políticos realistas que piensan de otra manera no crean sino ruinas.

Los prisioneros de guerra

Y ahora, finalmente, después que nuestra mirada ha ido observando, aunque sólo fugazmente, la actual situación del mundo, no puede por menos de detenerse una vez más en las legiones aun ingentes de prisioneros de guerra. En efecto, al prepararnos a pasar con devota e interna alegría y en fervorosa ora-

ción la fiesta del santo nacimiento, que confirma y ennoblece con armonía secular y siempre viva los vínculos de la familia humana y llaman al hogar doméstico como a sagrado lugar de cita, aun al que vive habitualmente alejado de él, Nos recordamos con profunda tristeza a todos aquellos que, no obstante haberse declarado el fin de la guerra, tendrán que pasar también este año en tierra extranjera tan dulce festividad y sentir en la noche del que goza de la paz el tormento de su situación incierta y del alejamiento de sus padres, sus esposas, sus hijos, sus hermanos y de todo aquellos que les son queridos. Mientras queremos tributar justo reconocimiento y alabanza a aquellas autoridades y a aquellas obras o personas que han procurado y procuran aliviar o hacer menos dura su penosa situación, no podemos ocultar nuestro dolor al tener noticia de los sufrimientos a que casi deliberadamente han sido sometidos los prisioneros y deportados, además de los que inevitablemente trae consigo la guerra, al ver que en algunos casos se va prolongando sin razón suficiente el tiempo de cautividad, que ya de suyo es agobiante, y que se ha agravado con el peso de fatigosos o indebidos trabajos o que se les ha negado con modos inhumanos el tratamiento debido a los vencidos, despreciando normas sancionadas con convenciones internacionales y aun las otras más inviolables de la conciencia cristiana y civil.

Que los ángeles de Navidad lleven sobre sus alas nuestro paternal mensaje, portador de alientos, de esperanza y de luz, a estos hijos todavía prisioneros, y que les llegue nuestro voto, acompañado con el de cuantos sienten vivamente la fraternidad humana, para verlos ordenada y prontamente restituidos a sus ansiosas familias y a sus ordinarias y tranquilas ocupaciones. Y Nos interpretamos ciertamente la aspiración de todos los bienintencionados si extendemos este nuestro voto a aquellos hombres, mujeres y adolescentes detenidos políticos expuestos a veces a duros sufrimientos, a quienes si acaso únicamente se puede reprochar su pasada actitud política, no una acción criminal ni alguna violación de la ley. Nos mencionaremos también aquí con emocionante solicitud a los misioneros y seglares en el Lejano Oriente, los cuales, debido a los recientes y graves acontecimientos, viven en la aflicción y en el peligro. Es un deber manifiesto de naturaleza que todos estos infelices sean tratados humanamente, ya que la anhelada pacificación y concordia de los pueblos y entre los pueblos no podría iniciarse mejor que con su liberación y, en cuanto sea factible, con la debida, conveniente y justa rehabilitación.

Con estos sentimientos y deseos en los labios y en el corazón. Nos invocamos sobre vosotros, venerables hermanos y amados hijos, como también sobre todos nuestros amados hijos esparcidos por la tierra, la abundancia de las gracias del Salvador divino, de la que es prenda la bendición apostólica, que os damos con paterno afecto".



COMENTARIO INTERNACIONAL

Un balance sombrío

Situación actual del mundo

Si en los umbrales del año que hoy comienza intentásemos formular algún juicio sobre el probable giro de los acontecimientos, atendiendo, claro está, al análisis de los hechos pretéritos, una sombra de duda y de desconfianza no dejaría de atormentarnos, no obstante las promesas y las vacuas esperanzas que insistentemente acuden a nuestro recuerdo, y que se presentan rodeadas por todos los matices deslumbrantes de la técnica propagandística, puesta al servicio de unas ideas y de unos sistemas que se presentan como la verdadera panacea de un mundo dolorido y despedazado.

Verdad es, que "la situación general parece que algo ha cambiado" (1); ha desaparecido ya el rumor agobiante de los instrumentos de guerra y el macabro estallido de los monstruosos aparatos que tantas vidas han segado en los países atormentados por una de las más horribles conflagraciones que jamás ha padecido la Humanidad; pero, ¿ha terminado verdaderamente la guerra, en el fondo de los corazones, en el pensamiento de los hombres responsables, en lo más profundo del sentimiento de los pueblos?

Ha cesado el fragor de la lucha en los campos de batalla, "pero, francamente, todavía no existe la paz, la tranquilidad tan necesaria, tan suspirada. Los odios no se han apagado todavía. La sed de venganza todavía persiste. *El malcontento serpentea por todas partes y un estado de incertidumbre, de inseguridad, de incomprensiones, de obstáculos, no puede menos de preocupar seriamente*, porque compromete también y paraliza los laudables esfuerzos de reconstrucción moral y material" (2).

Estas palabras nos recuerdan el panorama que presentaba el mundo años después de haber terminado la anterior guerra mundial, y que aun a fuerza de repetir no podemos menos que actualizar nuevamente. Quizás si esa visión estuviera en la mente de muchos, muy otras serían sus palabras, sus programas y sus actuaciones.

La postguerra anterior

He aquí el terrible cuadro de la pasada postguerra:

"Dondequiera que hubo guerra no están todavía apagadas las viejas rivalidades, que se dan a conocer, o con disimulo en los asuntos políticos, o de una manera encubierta en la variedad de los cambios monetarios, o sin rebozo en las páginas de los diarios y periódicos; y hasta invaden los confines de aquellas cosas que por su naturaleza deben permanecer extrañas a toda lucha acerba, como son los estudios de las artes y de las letras.

"De ahí que los odios y las mutuas ofensas entre los diversos Estados no den tregua a los pueblos, ni perduren solamente las enemistades entre vencidos y vencedores, sino entre las mismas naciones vencedoras, ya que las menores se quejan de ser oprimidas y explotadas por las mayores, y las

mayores se lamentan de ser el blanco de los odios y de las insidias de las menores. Y los Estados todos, sin excepción, experimentan los tristes efectos de la pasada guerra; peores, ciertamente, los vencidos, y no pequeños los mismos que no tomaron parte alguna en la guerra. Y los dichos males van cada día agravándose más, por irse retardando el remedio; tanto más que las diversas propuestas y las repetidas tentativas de los hombres de Estado para remediar tan tristes condiciones de cosas han sido inútiles, si ya no es que las han empeorado" (3).

¿No podríamos aplicar las anteriores palabras a los momentos actuales?

¿Van a servir de algo, también hoy podemos preguntarnos, tantas reuniones, conferencias, entrevistas, programas deliberaciones y acuerdos, como vienen celebrándose, si de ellos está ausente un auténtico espíritu cristiano?

Evidentemente, no. Y la razón nos la enseñaba en los albores de la última postguerra, Su Santidad Benedicto XV: "No hay paz duradera ni son posibles convenios estables de concordia, por largas y laboriosas consultas que costasen y por santos que fuesen los propósitos con que se firmaran, si no se da de mano a los odios y enemistades, mediante una reconciliación de mutua caridad" (4). Enemistades y odios que tampoco en nuestros días "se han apagado todavía", como afirmaba el Cardenal Decano del Sacro Colegio en su citado discurso.

Afirmaciones todas ellas que nos hacen comprender en su verdadero alcance la saludable advertencia del Pontífice felizmente reinante:

"Solamente una profunda transformación de los espíritus, hará posible que las instituciones destinadas a establecer y garantizar una paz verdadera, puedan adquirir, con el prestigio moral, la fuerza interna, fuera de la cual todo esfuerzo, todo sacrificio serán inútiles.

"Procurar esta evolución de los espíritus —seguida diciendo el Papa— y, a través de ella, hacer posible el advenimiento de una paz que responda a todas las aspiraciones de la conciencia humana y cristiana, será siempre Nuestra permanente y vigilante solicitud" (5).

Ambiente de desconfianza

Recientemente se ha celebrado en Moscú una nueva reunión de los dirigentes de las tres grandes potencias. Los resultados de la misma no vamos a analizarlos en este artículo; sólo queremos aquilatarlos a través de la impresión que han causado en el mundo, en orden a la futura ordenación del mismo.

Se habla, sin remilgos, de "incapacidad para hacer la paz". Veamos sobre ello un significativo texto debido a la pluma de Dorothy Thompson, publicado en el periódico *New York Post*:

"Uno no puede mirar con confianza hacia esta reunión

(1) Discurso del Decano del Sacro Colegio Cardenalicio a S. S. el Papa. (24 de diciembre de 1945).

(2) Discurso cit.

(3) Pío XI. Encíclica *Ubi arcano Dei*.

(4) Benideto XV. Encíclica *Pacem Dei munus*.

(5) Discurso de S. S. Pío XII al Ministro plenipotenciario de Holanda. (16 de agosto de 1944).

diplomática de Moscú. El pueblo aquí siente alarma y no sabe exactamente por qué; está irritado, pero no conoce por qué está irritado. Oficiales y soldados del Ejército están irritados, los obreros están irritados y sus huelgas son una parte de esta muda irritación, que es más profunda que la que motivaría un deseo de mayores salarios... El pueblo ha perdido la fe en sus jefes, y cuando no hay una fe colectiva se cae en el cinismo y de esto en la desintegración. Cuando un pueblo siente así, las cosas dejan de tener justificación: la guerra careció de sentido y a sus ojos todo es una mentira, como la Carta del Atlántico se convirtió en mentira cuando Yalta y Potsdam se convirtieron en verdad. El pueblo bromea acerca de los "tres grandes", porque los "tres grandes" son llamados Rusia, Inglaterra y los Estados Unidos, y el pueblo sabe que Rusia, los Estados Unidos e Inglaterra no se han reunido en Moscú..." (6).

Esto es lo que se ha escrito en un periódico norteamericano. Como fácilmente se comprenderá, no nos hacemos responsables del contenido del texto reproducido. Si lo hemos llevado a nuestras columnas es solamente para hacer patente el estado de espíritu reinante en algunos países. El hecho es altamente significativo.

Se excluye sistemáticamente o por táctica, a Dios, y los frutos de tal conducta repercuten irremisiblemente produciendo el actual desasosiego y la desconfianza presente, que a nada bueno pueden conducir.

Una situación similar se presentaba a los ojos del espectador en los años que siguieron a la guerra iniciada en 1914. Entonces se apartó —"es también ya cosa decidida" decía Pío XI— a Dios y a Jesucristo, de la familia y en la educación de la juventud, y la consecuencia, concluía el Romano Pontífice, era lógica: "Desatendidos, pues, los preceptos de la sabiduría cristiana, no nos debe admirar que las semillas de discordias sembradas por doquiera en terreno bien dispuesto viniesen por fin a producir aquella tan desastrosa guerra, que, lejos de apagar con el cansancio los odios entre pueblos y entre las diversas clases sociales, los encendió mucho más con la violencia y la sangre" (7).

También en nuestros días reina en el mundo el espíritu de venganza y el espíritu de persecución.

"Hay poblaciones—ha dicho un ilustre purpurado—oprimidas en su fe y en su libertad mientras los opresores pronuncian palabras de libertad como quien enseña apetitosos manjares al hambriento. En los escombros de esta trágica y siempre prestigiosa Europa, hay todavía ciudadanos sin patria, sin familia, sin hogar, esposas sin maridos, hijos sin padres, bocas sin pan y cuerpos desnudos. Para poder expresar bien las angustias de la carne y del espíritu de los pueblos de Europa, sería preciso pedir a los salmos bíblicos toda la elocuente vehemencia de su lenguaje con la que expresaron sufrimientos y esperanzas el pueblo elegido. La guerra acabó, pero todavía no están extinguidas, ni siquiera contenidas, las discrepancias que la engendraron" (8).

Al contrario, la sed de venganza exige a cada momento nuevas víctimas en que satisfacerse, e influye a menudo en las decisiones y, como ha dicho el Papa, en "las discusiones y resoluciones políticas y económicas. ¿Quién es el que decir puede —añadiremos con la Sagrada Escritura (Proverbios, 29, 10)— "Mi corazón está limpio y puro soy de todo

pecado?" *Un peso y medida para dar y otro peso y medida para recibir son dos cosas que Dios abomina*" (9).

¿Podremos llegar siguiendo tal sendero a la paz?

La única solución: La vuelta a Dios

Tres presupuestos ha señalado el Soberano Pontífice para que el mundo pueda organizarse en una paz "verdadera y durable".

En primer lugar, "la hora presente exige imperiosamente la colaboración, buena voluntad y recíproca confianza de todos los pueblos". La misma medida ha de servir para unos y para otros. "Así que quien exige la expiación de culpas, como justo castigo de criminales en razón de sus delitos debe procurar con todo empeño no hacer él mismo lo que condena en los otros como culpa o delito. Quien quiere reparaciones debe pedir las a base del orden moral, del respeto de inviolables derechos de naturaleza, que perduran aún en los que se han rendido sin condiciones en ceder. Quien pide seguridad para el futuro no debe olvidar que la única y verdadera garantía consiste en la propia fuerza interna, o sea, en la protección a la familia, los hijos y el trabajo, en el amor fraternal, en la supresión de todo odio, toda persecución o vejación injusta de ciudadanos honrados, en la leal concordia entre Estado y Estado y entre pueblo y pueblo" (10).

Es también necesario —continúa diciendo el Pontífice— "que en todas partes se renuncie a crear artificialmente con el poder y el dinero una arbitraria censura de juicios unilaterales y de falsas afirmaciones, lo que se ha dado en llamar opinión pública, que mueve el pensamiento y la voluntad de los electores como cañas agitadas por el viento".

Por último, ha de desaparecer la sombra del totalitarismo. "El edificio de la paz descansaría sobre una base amenazada por siempre de hundirse si no se pusiese fin a semejante totalitarismo, que reduce al hombre a no ser más que una ficha insignificante en el juego político y un número en los cálculos económicos. Con un trazo de pluma borra él los confines de los Estados; con una decisión perentoria sustrae la economía de un pueblo, que es siempre una parte de toda su vida, a posibilidades naturales; con una mal disimulada crueldad arroja de sus casas y de sus tierras a millones de hombres, a centenares y millares de familias, en la más mísera indigencia y desarraiga y arranca una civilización y una cultura a cuya formación habían trabajado enteras generaciones. Este absolutismo pone también arbitrarios límites a la necesidad y el derecho de emigración y al deseo de colonizar. Todo esto constituye un sistema contrario a la dignidad y al fin del género humano".

Por todas estas razones, es imprescindible que los hombres y los pueblos vuelvan a Dios. Lo recuerda de nuevo el Papa, como la única solución posible.

"La futura obra de la paz quiere desterrar del mundo todo uso agresivo de la fuerza, toda guerra ofensiva. ¿Quién dejará de saludar de corazón semejantes propósitos y especialmente su eficaz actuación! Pero si esto no ha de ser sólo un magnífico gesto, hay que excluir toda opresión y todo arbitrio, tanto de dentro como de fuera. Frente a este innegable estado de cosas, sólo queda una solución: la vuelta a Dios y al orden establecido por Dios".

José-Oriol Cuffi Canadell.

(6) Citado por Francisco Lucientes en una Crónica fechada en Nueva York a 19 del próximo pasado mes.

(7) Pío XI. Enc. cit.

(8) Mensae de Navidad del Cardenal Patriarca de Lisboa. (1945).

(9) Pío XII. Discurso al Sagrado Colegio Cardenalicio (24 de diciembre de 1945).

(10) Pío XII. Discurso cit.

"SPES"

REVISTA DE ACCION CATOLICA

PLAZA DE TRENCO, 1
PONTEVEDRA

**Cuevas de
Artá**

MALLORCA

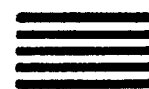


Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

**Las maravillosas
Cuevas de Artá**

REVISTA DE MENORCA

PUBLICACION DEL
A T E N E O
CIENTIFICO,
LITERARIO
Y ARTISTICO



Redacción y Administración:

Plaza de José Antonio, 7

MAHON

RAZON Y FE

**Revista Hispano-Americana de
cultura**

Publicada por Padres de la Com-
pañía de Jesús

REDACCIÓN: Pablo Aranda, 3

ADMINISTRACIÓN: Plaza Sto. Domingo, 15

MADRID